



Visión Franciscana

*Vida de la Madre Frances Streitl
Fundadora de las Hermanas de la Madre Dolorosa*

EL DISEÑO DE LA PORTADA

EL DISEÑO INCORPORABA PRINCIPALMENTE TRES ELEMENTOS:

El primer elemento está representado por **dos montañas**. En la visión, la Madre Frances vio dos montañas elevándose, siendo la de la derecha un poco más alta que la de la izquierda; ambas se arqueaban para formar una sola. La más alta representaba al Carmelo o la vida contemplativa, y la otra, al Alverno o la vida activa. La Madre Frances se vio obligada a arriesgarse y dejar la seguridad de las dos órdenes establecidas para fundar las Hermanas de la Madre Dolorosa, que unieron en su vida la actividad y la contemplación.

El segundo elemento es el **árbol**. La Madre Frances escribió una carta el 18 de febrero de 1883: "Veréis que el Señor hará que su Palabra prospere y en este nuevo árbol, madurarán bellos frutos para la Santa Iglesia. Dios será glorificado." El árbol representa cómo la visión se ha materializado a lo largo del tiempo. Desde su fundación, este árbol ha producido muchos frutos. Hemos echado raíces y continuamos produciendo para la Santa Iglesia nuestro fruto único, nuestro carisma vivo: la unión de vida activa y vida contemplativa.

El tercer elemento viene representado por la **Cruz de Cristo con una aureola eucarística** situado de tal manera, que domina los otros elementos. "Imbuida en el espíritu de San Francisco, la Madre Frances intuyó la vida religiosa como actividad apostólica que fructifica a través de la oración contemplativa. Desde su más tierna infancia hasta su muerte, centró su vida en el Misterio Pascual, muriendo ella misma para nacer a la nueva vida en Cristo, según el modelo de vida de San Francisco." (*Visión franciscana, Introducción, Pág. 5*). La Santa Eucaristía "fue el culmen de la Madre Frances en su vida de oración y el momento supremo del día." (*Visión Franciscana Pág. 36*) Recordamos cada día a través del Misterio Pascual la razón por la que estamos aquí: permanecer ante la cruz en oración, como hizo María, y servir a los necesitados.

Sor Maria Vinton, SSM

26 de marzo del 2004

Vida de la
Madre Frances Streitel

Fundadora de
las Hermanas
de la Madre
Dolorosa

Visión Franciscana

Vida de la
Madre
Frances
Streitel
Fundadora de
las Hermanas
de la Madre
Dolorosa

Escrito por
Hermana M. Carmeline Koller, SSM

Basado en el libro de la misma autora
"Caminad en el Amor"

Revisado por
Hermana Terèse M. Mueller, SSM
2003

Nihil obstat.
Padre Charles E. Yost, S.C.J., S.T.L.
Censor librorum

8 de septiembre de 1982

Publicado con la aprobación eclesíastica.



Editorial:
Éditions du Signe – B.P.94
67038 Estrasburgo – Francia.

Director editorial: Christian Riehl

Fotografías:
© F. Zvardon: p. 18 (velas), 21, 22 (fondo), 25, 30, 32,
35, 37 (ventana), 41, 50, 51, 52 (fondo), 56 (ventana),
58, 65, 70, 71, 78, dentro del forro de atrás

© C. Meyer: p. 80

© Basilica of St. Francis of Assisi, Assisi (Italy):
p. 4, 36, 69

© Basilica of St. Clare of Assisi, Assisi (Italy): p. 78

Todas las demás fotografías han sido
tomadas del libro "Caminad en el Amor"

Asistente editorial: Audrey Gilger

Diseño y composición: Sylvie Reiss

Traducción: Carolina Illescas

Photoengraving: Éditions du Signe

© Éditions du Signe 2004 (106379)

All rights reserved - Reproduction forbidden

ISBN: 2-7468-1303-3

Impreso en Italia por Arti Grafiche (Po)



Contenido

Introducción 5

Los Primeros Años 6

La Llamada al Convento 12

La Visión de las Dos Montañas 21

La Primera Comunidad en Roma 26

Las Hermanas de La Madre Dolorosa 33

Desarrollo de la Congregación 46

El Relevo de la Madre Frances 66

El Retiro de la Madre Frances 70

Visión Franciscana 80



Introducción

Visión Franciscana

Entre aquellos pocos privilegiados que, en los últimos siglos han honrado la Orden Franciscana como discípulos especiales del "pequeño y pobre hombre de Asís", destaca, sin lugar a dudas, una agraciada joven, Amalia Frances Rose Streitl, quien más tarde llegó a ser la Madre Frances de la Cruz, fundadora de las Hermanas de La Madre Dolorosa. Inmersa en el espíritu de San Francisco, ella vio la vida religiosa como una actividad apostólica que fructifica a través de la oración contemplativa de la niñez hasta la muerte, inspirada por San Francisco, centró su vida en el Misterio Pascual de morir a sí mismo para resucitar a la nueva vida en Cristo.

Los Primeros Años

Amalia Streitel nació el 24 de noviembre de 1844. Fue la mayor de cuatro hermanos; Adam, Herman, y Hedwig la seguían en la familia Streitel. Vivían en Mellrichstadt, una pintoresca ciudad al pie de las Montañas Rhon y el bosque Thuringian. Este lugar fue sitio de fiestas y sacrificios paganos, pero actualmente es un enorme foco de Cristiandad, que se nota en las muchas capillas que hay dedicadas a nuestra Señora como Madre Dolorosa.

Lugar de nacimiento de la Madre Frances. En la habitación de la esquina de la segunda planta (a la izquierda), nació y fue bautizada el 24 de noviembre de 1844.



— BAUTISMO —

Amalia fue bautizada de acuerdo con la costumbre de su tiempo: el día que nació y en su propia casa. Se le puso el nombre de Amalia Frances Rose. A pesar de que el día estaba oscuro y gris, un repentino estallido de luz entró en la habitación durante los sagrados ritos. Todos los presentes enmudecieron preguntándose por el significado del incidente, pero sólo el párroco que oficiaba, lo expresó citando las palabras de la Sagrada Escritura referidas a San Juan Bautista, "¿Qué llegará a ser este niño?" (Lucas 1:66)



Adam y Frances
Hörhammer Streitel,
padres de
la Madre Frances.

— PADRES —

Cuando nació Amalia, su padre Adam Streitel era ayudante del juzgado provincial de Mellrichstadt. Su madre, hija de un fabricante de cerveza, era una cristiana piadosa y entusiasta. Juntos, hicieron de su hogar una familia católica ideal donde, la oración, la asistencia a misa, incluso diaria, y la celebración de las fiestas de la Iglesia, especialmente las de la Virgen, fueron de una importancia fundamental. Su cariño por los pobres, los enfermos y los necesitados se materializó en un sincero amor a Dios y al prójimo.



La Iglesia de San Kilian,
Mellrichstadt, Bavaria,
parroquia de
la familia Streitel.

— NIÑEZ Y JUVENTUD —



El escudo de armas de la familia, recibido del emperador Rudolph, en 1892:
 Corona, rosa roja
 en oro,
 (león-águila)
 en rojo.

A pesar de su voluntariosa disposición y su vivo temperamento, Amalia aprendió auto-control y auto-disciplina a través de los cariñosos esfuerzos y la permanente guía de su prudente madre, quien le pedía obediencia, puntualidad y orden en su vida diaria. Durante los primeros años, se le enseñó a desarrollar las labores del hogar y llegó a ser experta en el arte de la aguja y el hilo. Además fue cuidadosamente educada en las maneras de la sociedad a la que pertenecía su familia por rango y posición. Ya en aquel tiempo, mostraba gusto por la soledad, pero, por razones sociales, no se le permitió satisfacerlo.

Su formación religiosa comenzó a una edad temprana. Cuando tuvo dos años, su madre le enseñó la Señal de la Cruz y pequeñas oraciones en rima. A la edad de seis años, empezó su educación en casa. Se vio atraída por las clases de Catecismo. Sobresalió no sólo por sus logros académicos, sino además por su amor y cooperación con los niños más pobres. Creciendo en sabiduría y gracia, consiguió entender, a los nueve años, las palabras de Cristo: "Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí" (Juan 12:32).

No se conoce la fecha de la primera confesión, pero sí se sabe que, con un espíritu de amor y penitencia, ponía pequeños trozos de madera en su cama para compartir el sufrimiento de Cristo. Esta era su manera particular de intentar compensar el Amor de Cristo con su pequeño obsequio de amor. Su Primera Comunión, el 19 de abril de 1857 fue la culminación de todos sus deseos. Aquí ella pudo verdaderamente decir con San Pablo, "y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gal. 2:20)

Zum Andenken an die erste hl. Kommunion.



Das ist Maria, Frau Jesu, die Maria Mutter

Am 19. April 1857
Amalia Franziska Hirsfeld geb. v. Hermann 1804
An die hl. Marienkirche in Gersfeld
Hollschlagerstr. am Pfingst. Th. Endres.

Primera Comunion
de Madre Francis;
firmado por
el párroco,
Th. Endres
el 19 de abril
de 1857.

La devoción a Nuestra Señora fue el homólogo de su amor por la Eucaristía. Su preparación temprana y las capillas dedicadas a María como Madre Dolorosa en su ciudad natal, fomentaron su profundo amor por Ella.

La familia se trasladó pronto a Weyhers, donde su padre fue ascendido a juez provincial. Vivieron allí desde 1857 a 1862. Amalia recibió el Sacramento de la Confirmación en Gersfeld el 24 de septiembre de 1857, y decidió que, a toda costa, sería testigo de Cristo viviendo una vida auténticamente cristiana.



La ciudad de Weyhers

— EDUCACIÓN SUPERIOR —

Tras completar su educación elemental, Amalia fue enviada por sus padres a Augsburg, a la institución educativa conocida como *Maria Stern*, dirigida por las Hermanas Franciscanas, quienes, además del currículo general de artes liberales, daban especial interés al estudio de las lenguas y la música. Se prestaba atención prioritaria a la formación humana y religiosa. Amalia era bastante reservada en sociedad pero, en el colegio era una estudiante excelente. Encontró su felicidad en la oración, en la liturgia, y en el estudio de la religión. Pasaba sus vacaciones con sus padres en Weyhers y a menudo, cuando volvía al colegio, les echaba mucho de menos.



Amalia Frances Rose Streitl, antes de entrar al convento.

La Llamada al Convento

No se sabe la manera en la que Amalia fue llamada a la vida religiosa. Ella misma nos cuenta que ocurrió de una forma muy especial a la edad de diecisiete años, durante sus días en el colegio *Maria Stern*. En su libro de notas están recogidas las siguientes palabras: "Agosto de 1862, llamada al convento".

— DE VUELTA A MELLRICHSTADT —

Tras cuatro años, Amalia se gradúa con honores y recibe un diploma que le certifica como maestra. Su padre, que mientras tanto había llegado a supervisor del distrito de Mellrichstadt en 1862, volvió a su anterior lugar de residencia y Amalia se encontró de nuevo en un ambiente familiar cuando volvió del colegio. Su deseo de entrar en el convento había crecido enormemente, pero, en vez de encontrar apoyo y motivación, encontró oposición. Sus padres, aunque piadosos y temerosos de Dios, sin embargo, querían que se casara, y en consecuencia la forzaron a involucrarse en la voráGINE de la sociedad. Ella soportó su frustración durante cuatro años,

Edificio administrativo
donde Adam Streitel
fue auxiliar provincial de juez,
1844-1857,
y supervisor de distrito,
1862-1873.



esperando y rezando al Señor para que le mostrara su voluntad. Mientras tanto, aprendió a ser una buena ama de casa y los secretos del arte culinario. Su dolorosa situación llegó al punto álgido cuando, escondida entre las vigas del ático de su casa, rechazó que le presentaran a un estudiante de leyes como posible pretendiente y aspirante a su mano. Este episodio terminó de convencer a sus padres de la vocación religiosa de Amalia y dieron su consentimiento para que entrara en el convento, siempre y cuando no se tratara de uno de clausura o uno dedicado al cuidado de los enfermos que, en aquellos tiempos consistía básicamente en una enfermería.

— LA ENTRADA EN EL CONVENTO —

De esta manera, Amalia decidió entrar en el convento de las Hermanas Franciscanas de *María Stern* en el cual fue educada y cuyo modo de vida respetaba por la disciplina religiosa, la piedad y la actividad apostólica que se practicaba. El 25 de septiembre de 1866, transmitió a su superiora su



Amalia como
Hermana
M. Ángela de
las Hermanas
Franciscanas de
María Stern.

inclinación al cuidado de enfermos. En vez de tomar en cuenta su preferencia se le requirió que siguiera estudiando francés y música.

Los primeros tres meses de postulante estuvieron cargados de gran sufrimiento. Echaba mucho de menos su hogar y sufría interiormente porque se sentía llamada a una Orden con una disciplina religiosa más severa, sustentada por la oración y el consejo de su confesor Monseñor Allioli, quien la animó a recibir los hábitos, alcanzó un estado de paz.

— NOVICIADO Y PROFESIÓN —

Amalia entró en el noviciado el 3 de junio de 1867, recibiendo el hábito de las Hermanas Franciscanas de *María Stern* y el nombre de "Hermana Ángela". Pero la lucha con su conciencia continuó, y constantemente recordaba que "tú perteneces a una Orden estricta". Monseñor Allioli le permitió practicar en secreto una disciplina tan severa como le fuera posible.

La Hermana Ángela realizó su profesión religiosa el 8 de junio de 1868, y con ella consiguió una unión más íntima con Dios.

— PASO POR NÖRDLINGEN Y ALTOMÜNSTER —

Tan pronto como profesó y siendo ya maestra, fue enviada a Nördlingen, Diócesis de Augsburg, para enseñar en la escuela local. En el curso escolar 1870-1871, trabajó en Monheim y en Wemding, ambas en la Diócesis de Eichstätt. En octubre de 1871, la Hermana Ángela fue destinada como superiora a una nueva misión en Altomünster en la Archidiócesis de Munich. Allí pasó siete meses como religiosa entusiasta, a cargo de un pequeño convento con un colegio de niñas dedicado a los idiomas y la costura, en el que impartió además clases particulares de música. Su gran amor al sacrificio la llevó a intentar desarrollar este mismo don en los otros. No todos apreciaron sus esfuerzos.

El 1 de octubre de 1871, la Madre Salesia Ellersdorfer, su superiora general, dijo lo siguiente sobre ella cuando escribía a la señora Streitel:

La aceptación de la dignidad como superiora le ha costado a su hija muchas lágrimas, pero la sagrada obediencia le da fuerza y valor. Sus hermosísimas virtudes aseguran la bendición de Dios. Además, su conocimiento práctico de las tareas del hogar es muy bueno.



El Orfanato.
Ángela (Madre Frances)
fue superiora aquí
de 1872-1880.

— WÜRZBURG — EL ORFANATO DE SANTA ELISABETH

Antes de terminar el año, se le pidió a la Hermana Ángela que se encargara del orfanato de Santa Elisabeth en Würzburg. Al principio ella se regía por principios estrictos, pero, después de un tiempo, cedió a su entusiasmo inicial y comenzó a vivir de una manera más fácil y menos ascética. Una grave enfermedad que casi le cuesta la vida y que le requirió el gran sacrificio de dormir durante cinco semanas en un colchón de

algas, le dio la oportunidad de profundizar en su vida interior. De ahí surgió su conversión. Mantuvo una dura batalla con su auto-estima. Una buena confesión con un sacerdote capuchino iluminó su alma. De nuevo ella entregó a Dios todo su corazón y Dios, a cambio comenzó a derramar sobre ella extraordinarias gracias. Se le "mostró qué maravillosa, buena y compasiva Madre tenemos en María." Nombró a San José como su santo favorito. Interiormente se sintió invitada a tomar a San Juan Bautista y al profeta Elías como patronos "para preparar los caminos del Señor". Estos acontecimientos comenzaron ya en la primavera de 1878. Simultáneamente creció su distanciamiento de las cosas terrenales, y aumentó su abnegación y su humildad. Amaba enormemente a Dios y llevaba una vida de oración profunda. La urgencia interior por practicar la pobreza era tan grande que no pudo contradecirla. "¡Cómo sufría al ver a la novia del Señor (la pobreza) humillada en la propia casa del Padre!". Con estas palabras, la Hermana Ángela estaba pensando en términos generales. Ella no desaprobaba la espiritualidad y el modo de vida en María Stern, pero sí señalaba los principios del siglo de las luces y de la secularización que había entrado, tanto en la Iglesia, en la vida religiosa y en la Orden franciscana, como en la sociedad en general.

Aunque favorecía y fomentaba la vida comunitaria en el convento, la Hermana Ángela, sin embargo, se encontró apartada del resto de las Hermanas por su consistente fidelidad al recorrer estrictamente los senderos de la santa obediencia, la santa pobreza, y la vida austera. Parece que había intentado fomentar su espíritu también entre las Hermanas, y de ahí surgieron malos sentimientos y oposición por parte de algunas. Aunque había actuado con el permiso de su superiora, los malentendidos le trajeron reprimendas y sufrimiento interior.

— WÜRZBURG, INSTITUTO MARIANO —

La Hermana Ángela disfrutó de una buena reputación mientras estuvo en el Instituto de Santa Elisabeth. Fue conocida su caridad hacia los pobres, su buen consejo, su oración y sus buenas cualidades de líder en ambos aspectos, el espiritual y el material. En 1879, la junta directiva de la Sociedad Mariana en Würzburg comenzó negociaciones con la superiora general en Augsburg para que trasladaran a la muy capaz Hermana Ángela al recientemente constituido Instituto Mariano para niñas, de tal manera que, pudiera ocupar el cargo de superiora. Finalmente fue nombrada en 1880, y se le encargó la tarea de restaurar el orden en los asuntos financieros, domésticos e incluso en las condiciones religiosas de la casa. El Instituto, que en ese tiempo educaba cristianamente y preparaba a sesenta huérfanas para el servicio doméstico, también tenía una escuela infantil.

La Kappelle (pequeña capilla) en Würzburg, donde Madre Frances a menudo rezaba y donde un buen Padre Capuchino la animó a traer vida nueva a la Orden de San Francisco.



Durante los dos años que la Hermana Ángela pasó en el Instituto Mariano, sufrió de nuevo la oposición de algunas Hermanas, y otras personas que la denunciaron a la Casa Madre, aunque no se conoce la naturaleza de la denuncia. De cualquier manera, ella continuó siendo amable con todos y suprimió cualquier sentimiento amargo de su corazón. De nuevo, la oración fue la fuente de su fortaleza. Por aquel tiempo se lanzó enérgicamente a amar la Cruz y a estar más cerca del Salvador en la Santa Eucaristía. Dios bendijo sus esfuerzos. Sus superiores admiraron la disciplina que se había impuesto; La querían por su amabilidad y preocupación por todos; Un buen ejemplo es cuando prestaba su manta a alguna de las jóvenes que tenía frío por la noche.

La Hermana Ángela había llegado al Instituto en abril de 1880. En los meses de estrés y sufrimiento que siguieron allí, aumentó su deseo de vivir de acuerdo con la austeridad original de las reglas franciscanas. A menudo, percibía una voz interior que le pedía restaurar la casa de San Francisco. Una visión franciscana de la pobreza de espíritu y el amor al Crucificado fueron las señales que la estaban llamando a cimas más altas.

No confiando en su propia percepción, consultó a un sacerdote piadoso en Käppele, un lugar de peregrinaje en Würzburg donde había una capilla dedicada a la Madre Dolorosa, allí venerada, y donde habían tenido lugar curaciones milagrosas. Este sacerdote la animó a emprender una vida nueva y un espíritu nuevo dentro de la Orden Franciscana.

La imagen
milagrosa
del siglo XVII
de la
Madre Dolorosa
en Käppele,
Würzburg.



Fue entonces cuando un incidente cambió todo el curso de su vida. Si su deseo de llevar una vida nueva a las franciscanas era realmente la voluntad de Dios, el modo que se le mostraba, no era, ni mucho menos, el más directo. Sólo la fe fue su luz y su guía como respuesta al extraño incidente que tuvo lugar mientras, de rodillas, rezaba fervientemente una noche ante el sagrario.



Campanario del convento Carmelita de Himmelsforten.

¿Qué estaba escuchando?. La pequeña campana de *Himmelsforten*, el convento de las Hermanas Carmelitas que estaba a unas dos millas del Instituto Mariano. Entonces una voz dijo: "¡Baja allí!" "¿Cómo puedo hacer lo que me dices en mitad de la noche?" pensó ella. De repente, fue trasladada en espíritu al coro de las Hermanas Carmelitas, donde se unió a sus cantos y oraciones. La voz que oyó entonces fue la de San Francisco diciéndole: "Aprenderás a combinar la actividad con la vida contemplativa. ¡Entra al convento y permanece allí hasta que te sea dada otra señal!".

¿Podría ser ésta la forma de emprender una vida nueva y un espíritu nuevo dentro de la Orden Franciscana?. Ante la duda, fue de nuevo al sacerdote en Käpple, quien le dijo que entrara en el convento de las Carmelitas.

La Providencia le dio pronto la oportunidad de dar el paso inicial hacia las Carmelitas. El 4 de agosto de 1880, estaba a punto de ir a hacer un recado en la ciudad cuando le ofrecieron un paseo junto a otras señoras de la casa hasta *Himmelsforten*. Al oír el nombre todo se aclaró para ella ya que percibió una voz interior que le decía: "Ve y pide ser recibida allí." Se dirigió al Convento de las Carmelitas, presentó su petición al confesor que, a su vez le llevó hasta la priora, y ésta le aseguró que entraría tan pronto como hubiera un puesto libre por la muerte de alguna de las Hermanas.

Aunque previamente había sido una desconocida para la Orden Carmelita, la Hermana Ángela era feliz pensando que San José, su amigo confidente, le había ayudado a arreglar todo para entrar. Lo que Dios le estaba pidiendo estaba claro, tal y como escribió más tarde al Obispo de



Himmelforten visto desde el Río Main.

Augsburg: "Me vi a mí misma cerca del objetivo que había perseguido tantos años." Sin lugar a dudas, se trataba de la llamada que había sentido en sus primeros años de formación: pertenecer a una Orden Eclesiástica estricta y de clausura.

Sin embargo, en ese tiempo, las dudas la invadieron de nuevo, ya que no había ningún sacerdote cerca a quien ella sintiera que podía abrir su alma, así que consultó a un Franciscano de otro lugar. Él estaba seguro de que todo lo que ella había descubierto venía de Dios, y su consejo fue que debería hablar con su superiora general acerca del traslado. Lo hizo a finales de 1881. La Madre Salesia, en quien la Hermana Ángela había tenido siempre una confianza infantil, expresó dolor por la noticia de su partida y arrepentimiento por haberle causado algún daño a causa de la mala información que referente a ella tenía. Sus súplicas para que no dejara la Orden hubieran hecho a la Hermana Ángela ceder si no hubiera estado segura de que Dios la estaba llamando a ingresar donde las Carmelitas. Para la Hermana Ángela, el paso que estaba a punto de dar, le supuso una indescriptible lucha ya que, amaba su apostolado y se sentía muy afin a las Hermanas y a las niñas. No le apetecía

marcharse. Sin embargo, se vio empujada a buscar la soledad de las Carmelitas y a seguir la Voluntad Divina fuese cual fuese el futuro que le tenía reservado.

— LA HERMANA ÁNGELA EN LAS CARMELITAS —
DE HIMMELSPFORTEN

Cuando la Hermana Salesia permitió a la Hermana Ángela el traslado, fue bajo la condición de que volviera a *Maria Stern* si no deseaba quedarse allí. Inmediatamente después de recibir la autorización del obispo diocesano Pancratius von Dinkel, la Hermana Ángela entró en el convento de las Carmelitas, el 25 de enero de 1882. Poco después de su entrada, recibió el hábito de novicia y el nombre de "Hermana Petra de Alcántara de San José."

Su entrada en el convento carmelita finalmente satisfizo los deseos que la Hermana Petra había tenido en la adolescencia respecto a la vida religiosa. Ella misma nos dice: "Encontré en las Carmelitas, a través de la oración y el sacrificio, lo que había buscado durante años." Encontró alegría y alivio al librarse del cargo de la administración. Además, experimentó una profunda conexión con Dios, una atracción, una cercanía, una sensación perceptible, una profunda unión con su Jesús amado. En el Padre Cyprian,

O.C.D., confesor de las Hermanas Carmelitas, encontró un buen guía espiritual. Aunque, algunas de las Hermanas parecían sospechar de su piedad, la Priora Anna dice de ella que las Hermanas la querían mucho y que las había edificado con su devota conducta y su celoso esfuerzo por conseguir las virtudes.



El anterior convento de Himmelspforten, Würzburg, ahora casa de retiro diocesana (edificio de la izquierda).

La Visión de las Dos Montañas

Se acercaba el tiempo en el que Dios revelaría a sus fieles los planes que tenía reservados para ella y demostraría que era Él quien la había inspirado cuando aún estaba en el convento de las franciscanas. Durante el mes de junio de 1882, mientras se hallaba arrodillada ante la imagen del Sagrado Corazón, le hizo esta pregunta al Señor: "¿Por qué me llamaste al convento de las Carmelitas?". Recibió una respuesta inmediata: "Para unir la vida activa a la vida contemplativa". Al fin, le quedó claro que Dios la estaba llamando a una comunidad religiosa en la que desarrollara simultáneamente la acción y la contemplación. Sin embargo, aún no llegaba a entender cómo podría llevarlo a cabo. Algunos días más tarde, según nos cuenta, mientras estaba rezando en el coro, vio algo extraño. Parecía como si dos montañas, una más alta que otra, se fueran elevando ante sus ojos. En la más alta y la que ella reconoció como el Carmelo, vio a Elías y a Santa Teresa; en la otra que creyó ser el Alvernia, vio a San Francisco con una cruz en la mano. Ambas montañas se arquearon y acercaron hasta hacer una sola, y le pareció como si San Francisco y Santa Teresa quisieran colocarla a ella en el centro. Estaba aterrorizada por si estuviera siendo objeto de una diabólica ilusión. Comprendió, sin embargo, que debía unir su vida activa y su vida contemplativa, fundando una nueva Orden. El Carmelo significaba lo contemplativo y el Alvernia, lo activo.



El mensaje que recibió durante su estado místico era claro, pero ella no sabía cómo llevar a cabo la labor que se le había confiado. La Hermana Petra contó su experiencia interior y su visión al Padre Cipriano, O.C.D. El confesor reconoció la autenticidad del mensaje y propuso actuar con la mayor discreción. Asimismo, escribió una carta a la Madre Salesia, la antigua superiora general de la Hermana Petra, preguntándole si podría recibirla de nuevo en su provincia, pero sin comentarle nada de la visión ni darle ninguna



Cripta del convento de Himmelspforten:
Mientras rezaba aquí a los difuntos,
la Hermana Petra, (Madre Frances) decidió
informar a la priora de su intención de dejar
a las Carmelitas.

explicación sobre su regreso a la Orden. Él pidió que siguiera la costumbre de la congregación y le hiciera saber su decisión a través de una tercera persona. En este caso, sería el párroco de la parroquia de San Pedro, el Padre Beckert, quien transmitiría el mensaje de si la Hermana Petra iba a ser aceptada de nuevo, o no, en una de las casas de *María Stern*.

Ésta fue una acción equivocada ya que, la Hermana Petra hubiera obtenido el permiso necesario de su priora para volver a su anterior Orden, tal y como había sido estipulado por su superiora general al enviarla. Pero evidentemente, desde su humildad, no quiso revelar su visión a la priora. Por lo tanto, nadie, excepto el Padre Cipriano, sabía de la auténtica razón de su deseada partida. La Madre Salesia estaba bastante molesta por la manera en que se había manejado el asunto y rechazó considerar el regreso de la Hermana Petra, a menos que recibiera una petición oficial y una explicación de las superiores de las Carmelitas. En su carta de respuesta al Padre Becar, ella mencionó que no pensaba destinar a la Hermana Petra a su anterior posición en el Instituto Mariano.

— LA HERMANA PETRA DEJA LAS CARMELITAS — Y VUELVE A CASA

La Hermana Petra no podía ignorar el mensaje que había recibido del Señor. Por esta razón y porque se sentía muy mal de salud, reconoció que la voluntad de Dios era que dejara las Carmelitas. El 8 de diciembre de 1882, habiendo incluso sido admitida para la profesión de votos, declaró sus intenciones formalmente a la priora. No siendo consciente del hecho de que necesitaba la dispensa de los votos que aún la unían a *María Stern*, dejó el convento de *Himmelsporten* a mediados de diciembre de 1882, y fue a casa de sus

padres, que habían estado viviendo en Bamberg los últimos diez años. Su vuelta a casa debió ser dolorosa para todos. Sus padres fueron muy sensibles ante la vergonzosa situación a la que ella se enfrentaba, la de volver a casa tras diecisiete años en el convento, y prefirieron que estuviera en su habitación tanto como fuera posible; su única hermana, Hedwing, también se sensibilizó ante la dura situación. Por su parte, ella pasó la mayoría del tiempo en la Iglesia de San Gangolf, esperando que Dios le revelara sus planes.

— LLAMADA A ROMA —

Un testigo declaró más tarde que cuando la Hermana Petra estaba aún con las Carmelitas, el Padre Cyprian le sugirió la posibilidad de unirse al Padre John Baptist Jordan, fundador de la Sociedad de Enseñanza Católica (más tarde llamada Sociedad del Divino Salvador) con el fin de formar la rama femenina de su nueva fundación en Roma. Mientras tanto, él ya la había



Foto de la familia tomada el 13 de febrero de 1894 (bodas de oro de sus padres, que no están en la foto).

De izquierda a derecha: Adam Jr., Hedwig, Madre Francos, Caroline, la esposa de Herman, y sus hermanos Oscar (sentado) y Herman.



Padre Francis Jordan,
fundador de la sociedad Divino
Salvador (Salvatorianos).

recomendado al Padre Jordan como posible colaboradora en su trabajo. El Padre Jordan aceptó la idea y delegó en el Padre Luethen, su representante en Munich, la responsabilidad de investigar sobre ella e informarle más tarde. El Padre Luethen envió a la señorita Thecla Bayer, quien había sido previamente asignada para formar la rama femenina de la Sociedad. Tras este intento fallido, se la invitó a ir a Roma.

Thecla invitó a Amalia a ir inmediatamente con ella a Roma. Sin embargo, la impresión que dejó en la familia Streitel fue tan desfavorable que disuadieron a Amalia para que no diera el paso.

— BÁRBARA DEMER Y SU SUEÑO —

Por aquel entonces, una joven llamada Bárbara Demer, que había sido postulante en un convento Dominicano, trabajaba en la casa de los Streitel. Una noche, soñó con una hermana que llevaba hábito gris y cordón blanco, velo negro y tocado blanco, pero no sabía de quien se trataba. La Hermana la llamó diciéndole, "ven conmigo, lejos de aquí a un nuevo lugar de trabajo". Bárbara la siguió hacia un campo sin cultivar donde la Hermana le dio unos árboles pequeños para plantar. A lo lejos, distinguió a un sacerdote dirigiéndose hacia ellas. Tuvo este sueño tres veces. Incapaz de interpretar el extraño sueño, la comunidad Dominica dedicó una novena a Santo Domingo en busca de iluminación para que Bárbara se uniera a algunas Hermanas que fueran a embarcarse en una nueva misión en África. Al noveno día, a Bárbara se le hinchó de repente un pie, que le produjo enormes dolores. Era tan grave, que el doctor opinó que sería necesario amputarlo. Su padre se negó a esto y se la llevó al Instituto de San Antonio donde las Hermanas Vicentinas trataron el pie de tal manera que, en una semana, Bárbara ya era capaz de andar. Deseó volver inmediatamente al convento, pero la priora le aconsejó que esperara algún tiempo. Mientras, ayudaría en una casa cuya doncella se hallaba enferma; la casa de la familia Streitel.

Mientras asistía a la misa de la mañana en la Iglesia de San Gangolf, Bárbara reconoció la cara de la Hermana de su sueño –Amalia Streitel. Amalia se dirigió a ella amablemente ante la pila de agua bendita diciendo: “¡Joven, tú pertenecías a una Orden en la que se lleva un hábito blanco!, ¿sabes?, el Sagrado Corazón de Jesús te ha entregado a mí para un nuevo trabajo. Supongo que vendrás conmigo.” Bárbara se quedó sorprendida y sin habla, pero tras varias entrevistas con Amalia, decidió que esa debía ser la voluntad que Dios le había transmitido en su sueño. Sin embargo, encontró mucha oposición. El Vicario General le dijo: “No debemos anticipar la providencia de Dios. Es necesario que se funden nuevas congregaciones para que las antiguas despierten.”

El 1 de febrero de 1883, Amalia fue con Thecla a Munich para hablar con el Padre Luethen quien, impresionado por Amalia, la recomendó al Padre Jordan en Roma como cabeza de la comunidad que allí iba a ser establecida. Thecla se puso muy enferma y mientras Amalia cuidaba de ella, el Padre Jordan le pidió que fuera a Roma inmediatamente. De esa manera, el 16 de febrero de 1883 Amalia partió hacia Roma sola. Un poco más tarde, Bárbara Demer y otra postulante la siguieron.



La Primera Comunidad en Roma

El padre Jordan había alquilado algunas habitaciones en un apartamento de la primera planta del número 151 en la calle Borgo Nuovo. Este lugar fue el convento de la nueva comunidad. El edificio estaba muy cerca de la iglesia Carmelita Santa María en Transportino. Esta iglesia fue la primera parroquia de las Hermanas y como carecían de Sagrario en su hogar, frecuentaban la iglesia cada día. (Cuando fue construida la vía de la Conciliazione, se arrasó la calle Borgo Nuovo, y con ella toda la hilera de edificios, incluido el número 151). Amalia apostó por la austeridad mientras buscaba habitaciones que se ajustaran a su deseo de pobreza y sencillez. En una carta escrita el 18 de

febrero al Padre Jordan, reveló sus ideales y conceptos respecto a la vida religiosa, especialmente la pobreza y la sencillez. Aunque el Padre Jordan era un hombre de profunda espiritualidad y oración, el ideal de fundación que tenía en aquel tiempo, no era el de una Orden religiosa estrictamente delimitada por los votos, sino simplemente una sociedad que acogiera a todos: los miembros religiosos de la fundación y los laicos. Se pretendía que tuviera carácter mundial para que el Evangelio pudiera ser predicado en todos los lugares del mundo; así, temió que una pobreza demasiado rígida pudiera ir en detrimento de sus propósitos. La carta que ella envió le debió impresionar mucho, pues él le expresó con franqueza su sorpresa y disgusto. Sin embargo, incluso habiéndole ella dicho que dejaría que él tomase futuras decisiones, éste insistió en que



Borgo Nuevo 151, Roma,
primera residencia de las Hermanas,
1883-1884.

redactara las opiniones y pensamientos que tenía gracias a su experiencia previa en una comunidad activa y en otra contemplativa.

Amalia, o Hermana Petra, como ella firmaba aún, propuso la regla original que San Francisco había dado a Santa Clara, junto a algunas reglas de Santa Teresa. Con respecto a la oración propuso la hora de Prima y la de Completas de los Oficios Divinos como oración de la mañana y de la noche. Deseaba además un hábito gris atado a la cintura con un cordón blanco. Aunque el Padre Jordan le dejó la elección del hábito gris tanto para las Hermanas como para él y los Padres, más tarde prevaleció su propia elección: el negro.

— PRIMERAS POSTULANTES Y ESTILO DE VIDA —

Llegaron las primeras postulantes de Alemania, Margaret Eck y Bárbara Demer. Otra más, Sabina Schmanasser, se había unido a la Hermana Petra, así que ahora la pequeña comunidad contaba con cuatro personas. Tal y como Bárbara relató muchos años después, su estilo de vida fue el más austero: la dieta consistía en ensalada amarga, fruta barata, y macarrones los domingos. Pasaban la mayor parte del tiempo visitando las siete iglesias principales de Roma, siempre y cuando el tiempo lo permitía.

Poco después de la llegada de las nuevas postulantes, Amalia le pidió al Padre Jordan el hábito religioso, un sencillo velo y un tocado para ella y las Hermanas. Al mismo tiempo le pidió tomar el nombre de Frances con el sobrenombre de "de la Cruz." Él profesó el 11 de marzo de 1883 con su hábito gris. Dejó de ser un secular para convertirse en un sacerdote religioso.

— TOMA DE HÁBITO Y PROFESIÓN DE AMALIA — EN LA SOCIEDAD DE ENSEÑANZA CATÓLICA

El 18 de marzo de 1883, Domingo de Ramos, tomó hábito, previamente bendecido por el Padre Jordan, se puso un par de sandalias y, tal y como ella nos cuenta, se encontraba tan transportada por la gracia que casi le faltaban las palabras al rezar las vísperas con sus compañeras. Esa misma tarde, al final de la oración, pronunció los votos de pobreza, castidad y obediencia ante su padre espiritual, Francis Jordan de la Cruz, director general de la Sociedad de Enseñanza Católica. Bajo la fórmula de los votos, ella misma firmó como "Madre M. Frances de la Cruz".

*Das ist eine briefliche Antwort auf die
 Anfrage eines andern Bruders der
 andern Brüder in der Provinz, ob
 gegen die Seelsorge durch die
 andern Brüder, die in der Provinz
 leben, keine andere Regel als die
 von Luther, Calvin, Bucer, Neander
 und andern andern andern andern
 geschrieben ist, und wenn ja, was
 für eine Regel das ist.*

*Antwort: Die Seelsorge eines Bruders
 ist, wenn er nicht anders ist, als ein
 andrer, und wenn er nicht anders
 ist, als ein andrer, und wenn er
 nicht anders ist, als ein andrer,
 so ist die Seelsorge eines Bruders
 ein andrer, und wenn er nicht anders
 ist, als ein andrer, und wenn er
 nicht anders ist, als ein andrer.*

Rom den 11. März 1883 J. G. D.

Fórmula de votos
de la Madre Frances,
escrita por ella en
alemán el 18 de
marzo de 1883

El siguiente Domingo Santo, las tres postulantes recibieron el hábito Bárbara Demer, que pasó a llamarse Hemana Scholastica; Margaret Eck, Hermana Catherine, y Sabina Schmansser, Hermana Agnes. Por aquel entonces la Hermana Frances le pidió al Padre Jordan tres favores que tenía en mente y le preocupaban. Quería saber si podía abstenerse para siempre de comer carne, si podía calzar sandalias y recitar los Oficios Divinos. Atendiendo al deseo del Padre Jordan de escribir el reglamento de la vida de las Hermanas, la Madre Frances redactó una serie de normas en 1883 que sirvieron más tarde como base para las Constituciones de las Hermanas de La Madre Dolorosa.

Empezaron a llegar nuevos miembros entre los que se encontraba Elisabeth Ankenbrand, quien llegó a ser la Hermana Johanna, sucesora de la Madre Frances como superiora general durante treinta y cinco años. El incremento en número de la Congregación les obligó a buscar una casa más amplia y otros medios de subsistencia. Muchas Hermanas comenzaron a pedir limosna para la comunidad. Las primeras fueron a Alemania donde visitaron *Himmelspforten* y oyeron a la priora de las Carmelitas hablar maravillas de la Hermana Petra y su vida centrada en Dios. Otras Hermanas se dirigieron a Francia con la misma misión: recoger limosna.

— NUEVA RESIDENCIA — ESPÍRITU DE ORACIÓN

Las Hermanas se trasladaron a una nueva residencia más grande en el número 18 de Vicelo del Falco, cerca de la Iglesia de Santa María delle Grazie en la Via di Porta Angelica. (Más tarde esta iglesia fue arrasada y, en su lugar, se construyó la oficina de correos italiana). En este nuevo hogar, las Hermanas todavía no contaban con Sagrario.

Al Padre Jordan no siempre le era posible ir a la casa de las Hermanas a celebrar la Eucaristía. El mayor deseo de la Madre Frances era tener una capilla en la casa y quizá algún día, en alguna casa de la comunidad, un Sagrario ante el cual hacer adoración diaria. Pasaba muchas horas rezando, a veces noches enteras, según nos cuentan algunos testigos. Normalmente se levantaba muy temprano, alrededor de las cuatro y media de la mañana, rezaba y meditaba hasta la hora de la Eucaristía. Una vez, pidió permiso al Padre Jordan para llevar a una Hermana con ella a la Hora Santa de las once a las doce de la noche previa al primer viernes de cada mes. Además, sentía un ardiente amor por la Eucaristía, por nuestra Santa Madre y por San José. La imagen de la Sagrada Familia ocupaba un lugar de honor en el pequeño convento.

— COMIENZO — DEL APOSTOLADO

Teniendo en cuenta que el objetivo principal del Padre Jordan era el apostolado, y que la Madre Frances estaba especialmente llamada a unir en su vida la contemplación y la acción, consideraron necesario implicarse de alguna manera en la actividad apostólica. Junto a la ayuda que ofrecían a los Padres en su ministerio, las Hermanas trabajaban asistiendo a los

Via del Falco 18, Roma,
segunda residencia de las
Hermanas, 1884-1885.



enfermos día y noche, siempre que se las llamaba a alguna casa, y en 1884 comenzaron el apostolado con los pobres y las niñas abandonadas.

Todos los fundadores de una congregación religiosa son llamados por Dios a una misión concreta, para lo que les impone un don y un carisma especial que suponga un bien para la comunidad. El carisma del Padre Jordan era, sin duda, como él mismo decía "la difusión, defensa y desarrollo de la Santa Fe Católica." La Madre Frances, sin embargo, vio la forma más perfecta de vida religiosa en una fusión de ambas, la vida activa y la vida contemplativa. Esta diferencia de opinión causó problemas con relación al reglamento respecto al apostolado. Tendría que llegar un momento decisivo en el que se solucionara el conflicto.

— EL PROBLEMA DE LOS VOTOS PREVIOS — DE LA MADRE FRANCES

El Padre Jordan y la Madre Frances tenían aún un asunto que resolver con respecto a los votos que ella había profesado en la Congregación Franciscana de *Maria Stern*.

En agosto de 1883, el Padre Jordan informó al Obispo Pancracio sobre el asunto, y de nuevo, en marzo de 1884, pidió la dispensa de votos que la Hermana Frances (Hermana Ángela) había profesado previamente en la congregación de *Maria Stern*. La Madre Frances solicitó la dispensa a través del Padre Jordan. Tras bastantes meses de retraso, el Obispo Pancracio respondió que desde el momento en que ella había abandonado a las Carmelitas sin dispensa, incluso habiéndolo hecho de buena fe, había actuado de manera contraria a la ley canónica y él no podía dispensarle de los votos anteriores. Debía presentar su petición ante su confesor, rogándole la dispensa de los votos sencillos que había emitido como perpetuos en la Congregación de *Maria Stern*. Este consejo significaba que ella se quedaría en la Sociedad del Padre Jordan como un miembro de la Tercera Orden de San Francisco. Mientras tanto emitió un voto privado de castidad perpetua.

La petición de dispensa fue llevada a la congregación de Obispos por el Padre George Jacquemin. El Padre Jordan envió también su petición al Papa León XIII a través del Vicario Cardenal Lucio Maria Parocchi, pidiéndole que la Hermana Angela Streitel pudiera ser admitida en la Sociedad de Enseñanza Católica mediante la dispensa de los votos emitidos anteriormente en la



Cardenal Lucido
Maria Parocchi,
Vicario
del Obispo
en Roma,
Papa León XIII.



Magr. George Jacquemin, director espiritual de las Hermanas de La Madre Dolorosa, 1885-1920; administrador temporal de la comunidad, 1886-1898. Aparece a los 33 años sosteniendo las Constituciones de 1885.

Orden Franciscana. Esto ocurrió en febrero de 1885, y en mayo, todo el asunto de los votos fue resuelto por las más altas autoridades eclesiásticas. El Papa León XIII, en audiencia con el Cardenal Parocchi, le concedió a éste permiso para absolver a la Hermana de todas las censuras eclesiásticas, tal y como se había requerido. El Cardenal, asimismo asignó a un confesor para que le diera la absolución y decretara que la Madre Frances repitiera el noviciado de acuerdo con la ley canónica. A su debido tiempo, ella haría una nueva profesión de acuerdo con todas las reglas.

El Padre George Jacquemin, conocido por la Madre Frances y las Hermanas como el confesor de la iglesia de Santa Maria dell'Anima, fue asignado como su confesor en julio de 1885.

— LA MADRE FRANCES ES DESTITUIDA — DE SU CARGO

Inmediatamente después de la sentencia, el 1 de junio de 1885, la Madre Frances es destituida de su puesto de superiora. Desde el momento en el que, de acuerdo con las indicaciones del Obispo, todos estos asuntos eran considerados pertenecientes al foro sacramental, ninguno de ellos podía ser discutido. Así, el Padre Jordan, sin ser capaz de explicar sus acciones, nombró a la Hermana Stanisla como superiora. Las Hermanas no sabían por qué había destituido a la Hermana Frances. Había mucha confusión en el convento con respecto a este tema, y la Hermana Escolástica, que acababa de volver de Schesslitz, en Alemania, se dirigió al Padre Jacquemin para obtener consejo

sobre algunos problemas que había tenido con el Padre Jordan. El Padre Jacquemin la envió al Cardenal Vicario, a quien ella relató en el mejor italiano que pudo todas las dificultades en la comunidad y le pidió ayuda para regular sus asuntos.

El 16 de agosto de 1885, la Madre Frances renunció de su cargo formalmente y por escrito, tal y como había sido requerido por el Cardenal Vicario; y el mismo día, la Hermana Stanisla también renunció a su cargo como superiora de las Hermanas. Por la tarde, el Padre Jacquemin reunió a todas las Hermanas y anunció que, como delegado del Cardenal Vicario, designaba a la Hermana Escolástica como superiora legal, y que ésta dependería del consejo y la aprobación de la Hermana Frances, a quien se le devolvía la dirección espiritual.

El Padre Jordan había ido mientras tanto a Alemania de negocios y había visitado a la Hermana Schesslitz. Ella y la Hermana Escolástica habían sido enviadas allí para encargarse del hospital e intentar establecer la Sociedad en la ciudad. Por aquel entonces, él no pudo decir a la Hermana Johanna nada acerca de la Madre Frances y las Hermanas porque el Cardenal Vicario estaba considerando otros planes para la Comunidad de Hermanas.

— SEPARACIÓN DE LA — SOCIEDAD DE ENSEÑANZA CATÓLICA

El 17 de septiembre de 1885, el Padre Jacquemin fue asignado como director espiritual de las Hermanas. Aceptó este puesto tan sólo como obediencia al Papa León XIII, ya que no quería usurpar el puesto a nadie. El instituto de las Hermanas se llamaba por entonces formalmente: "Hermanas de la Caridad de la Madre Dolorosa".

El Cardenal Vicario se había percatado de la evidente disparidad entre los puntos de vista del Padre Jordan y de la Madre Frances y pensó que sería muy interesante para ambos si las Hermanas pudieran llegar a ser una congregación autónoma. El 12 de octubre de 1885, su Santidad el Papa León XIII declaró a la Comunidad, Instituto religioso autónomo tal y como se afirmaba en las leyes de Vicaría Romana

Las Hermanas de la Madre Dolorosa

Tras dos años de colaboración con el Padre Jordan intentando al mismo tiempo llevar a cabo los planes que Dios tenía para ella, la Madre Frances estaba ahora en posición de inculcar sus ideales más profundos en su Comunidad. El 4 de octubre de 1885, la Iglesia aprobó las Constituciones que ella misma había escrito.

El Cardenal Vicario Parocchi señaló al Padre George Jacquemin como director espiritual del Instituto. Contratò doctores en Derecho Canónico, teología y filosofía. El 20 de abril de 1886, el Padre Jacquemin se convirtió en el Capellán Privado del Papa y se le otorgó el título de "Monseñor". Además, ganó la Cruz de los Caballeros de la Orden de Francisco José en reconocimiento a su trabajo por los austríacos y otros católicos de lengua alemana en Roma desde su puesto de agente diocesano en la Curia Romana, sirviendo a muchos obispos, incluido el Obispo Adames, oriundo de su Luxemburgo natal. En 1883, él había sido enviado a cubrir una vacante en la Oficina Nacional consistorial del Colegio Santo para la Monarquía Austro-Húngara, que tenía residencia obligatoria en Roma. Su residencia por aquel tiempo estaba en el Anima donde durante muchos años fue vice-rector y miembro de la junta de administración de por vida.



Pietà a la entrada de la Basílica de San Pedro.

Se tuvo que buscar una nueva residencia ya que cada vez llegaban más candidatas. A finales de noviembre de 1885, las Hermanas se trasladaron del número 18 de Vicola del Falco al número 41 de Borgo Santo Spirito, justo cruzando la calle desde la columnata de Bernini a la entrada de la Basilica de San Pedro. Al principio, la casa fue alquilada por monseñor De Waal, Rector del Colegio del Campo Santo Teutónico, que había sido destinado como administrador. Más tarde fue comprada. Hasta 1925, ésta fue la primera Casa Madre de las Hermanas y desde entonces hasta la actualidad, este edificio se ha convertido en un lugar donde las Hermanas acogen a los peregrinos que visitan los santuarios de Roma y otros lugares de interés.

Borgo Santo Spirito, N° 41, primera casa Madre de la comunidad, desde 1925 casa de peregrinos en Roma, cerca de San Pedro.



Como había muchas personas pidiendo pertenecer a la Congregación, se hacía necesario contar con una ceremonia de recepción y profesión. Esta ceremonia fue diseñada por el Padre Jacquemin, persona cualificada para tal tarea. Su fórmula permaneció hasta las reformas del Vaticano II.

En la primera etapa de la Comunidad, el Cardenal Vicario las favoreció mucho. Antes de terminar el año 1885, la madre Frances consiguió el permiso para hacer su profesión religiosa el 6 de enero de 1886, antes incluso de que terminara su año canónico de noviciado. Lo hizo acompañada de dieciocho Hermanas que habían hecho sus votos durante el tiempo que colaboraron con la Sociedad de Enseñanza Católica, ya que el Papa León XIII había tenido dudas sobre la validez de estos votos y los había disuelto. Dos



La Madre Frances llevó este cuadro de San José a América.

semanas después, el 20 de enero, el Cardenal Vicario repuso a la Madre Frances como superiora general de la comunidad. Poco más de un año después, incluso pudo hacer sus votos perpetuos.

Gracias a la petición de la Madre Frances, el Cardenal Vicario decretó que la Comunidad fuera puesta bajo la protección especial de San José. Además, aprobó las intenciones de cada día de la semana para que fueran incluidas en el libro de oraciones de la comunidad. En la primavera de 1884, el Padre Jordan cambió el color del hábito de la comunidad de gris a negro. Más tarde se recuperó el gris con cordón blanco, y una medalla con la Dolorosa como parte de la indumentaria. Gracias a un indulto dado por el Papa León XIII el 13 de noviembre de 1886, las Hermanas recibieron el permiso para guardar el Sagrario en la capilla del convento. El Día de Navidad, el Salvador tomó posesión de su nueva morada.

— LA VISIÓN FRANCISCANA —

La Madre Frances se había dado cuenta en las Carmelitas que no estaba destinada en exclusiva a la vida contemplativa, sino que las labores de caridad apostólica debían fusionarse con una profunda oración contemplativa. Prefería el apostolado con enfermos, pobres, niños abandonados, y la educación de los jóvenes. Ella le imprimía a estos trabajos su especial espíritu de oración y unión con Cristo. Escribió en sus primeras normas lo siguiente:



Pintura de la Basílica de San Francisco de Asís, Asís (Italia)

“Será fácil para nosotras levantar el estado de ánimo de los enfermos, o la ignorancia de los niños si vivimos la fe y vemos en ellos a Cristo como paciente o como niño necesitado.”

La vida de la Sagrada Familia en Nazaret era su ideal de vida religiosa ya que combinaba la estrecha unión de la vida activa y la vida contemplativa. El día y su trabajo estaban dedicados a Dios a través de la oración. Por la mañana temprano, y a determinadas horas del día, se cantaba el Oficio Divino a dos coros ya que las Hermanas se colocaban mirándose unas a otras. La Eucaristía era el culmen de la vida de oración de la Madre Frances y el momento supremo del día. Estaba muy preocupada porque todo el mundo asistiera diario al Sagrado Sacrificio, y daba especial importancia a la preparación para la Comunión y a la acción de gracias que la seguía. En sus primeras normas también reflejó un día de renovación al mes donde las Hermanas pudieran evaluar su vida religiosa y alcanzar una unión más íntima con Dios. De manera verdaderamente franciscana, ella amó y practicó la pobreza y la sencillez tal y como la Sagrada Familia hizo en Nazaret, al mismo tiempo que dirigía todos sus planteamientos y deseos hacia Dios y el cumplimiento de su voluntad. El espíritu de oración integraba toda actividad, y la contemplación se fundía en la acción. Esto es lo que ella visualizó y deseó infundir en la Comunidad. Las memorias de las primeras Hermanas demuestran que la Madre Frances lo realizó con éxito.

— EL APOSTOLADO —

Las primeras tentativas de hacer una fundación en Alemania fallaron por las leyes estrictas del Estado durante *Kulturkampf*. Las obras de caridad que las Hermanas llevaban a cabo, tales como atender a enfermos en sus casas o cuidar de niñas huérfanas en la casa madre, les reportaron escasa remuneración ya que normalmente se trataba de personas demasiado pobres como para pagar ninguna cantidad. De nuevo, Monseñor Jacquemin y la Madre Frances pensaron en mendigar como medio de subsistencia. Las Hermanas fueron muy bien recibidas en Alemania, Austria, Luxemburgo y Francia. En Polonia especialmente les dieron muchos donativos. De cualquier manera, este medio de subsistencia no podía ser permanente. La Madre Frances y Monseñor Jacquemin vieron una única solución al problema: ir hacia el oeste americano.



Primera Casa Madre, (la casa a la izquierda de las escaleras.) La de la derecha fue alquilada en 1894, vendida en 1900 y sirvió como noviciado, 1894-1914, al principio de la I Guerra Mundial.

Tras obtener la autorización del Cardenal Vicario para pedir limosna en América, la Madre Frances escoge a las Hermanas Joachina Hornung y Escolástica Demer como pioneras en esta nueva y arriesgada aventura. Dejaron la casa madre el 21 de febrero de 1888, y partieron en barco hacia Nueva York el 26 de febrero. Tras un tormentoso viaje en el que vieron con sus propios ojos un naufragio, finalmente, el

27 de marzo llegaron al puerto de Hoboken, Nueva Jersey, a través del río Hudson desde la ciudad de Nueva York. El Padre Reuland, un compañero de Monseñor Jacquemin, que estaba a cargo de la Oficina de la sociedad de San Rafael en Nueva York para la ayuda a inmigrantes alemanes, llevó a las Hermanas al hospital de San Francisco, donde fueron muy bien recibidas. Sin embargo, al oír que habían ido a América a pedir limosna para la casa madre, las Hermanas les dieron la desalentadora información de que las autoridades eclesiásticas en Nueva York no permitirían nada de eso y les aconsejaron



Hermana M. Joaquina Hornung, compañera de la Hermana M. Escolástica pidiendo limosna en América, 1888-1889.

volver inmediatamente a su país de origen. El problema era que durante y después del *Kulturkampf* en Alemania, habían llegado a América tantos inmigrantes en busca de ayuda, entre ellos algunos impostores, que se convirtieron en una amenaza real.

El Tercer Concilio Plenario de Baltimore, en el decreto número 275, ordenó que a nadie se le permitiera hacer una colecta y que ningún sacerdote podía celebrar la Eucaristía, a menos que el superior de la orden o el Obispo de la respectiva diócesis, hubiera previamente pedido permiso al obispo de la diócesis en la que se deseaba pedir limosna.

El Obispo Michael Corrigan de Nueva York había hecho saber que durante diez años no permitiría a ningún religioso extranjero (ni hermanas ni sacerdotes) pedir en su diócesis. Evidentemente llegaron allí sin conocer estas restricciones (el mismo Monseñor Jacquemin no era consciente ni de ellos, ni del decreto de Baltimore). Entonces las Hermanas Escolástica y Joaquina fueron a Filadelfia. Allí, providencialmente conocieron a la Hermana Sebastiana, cuyo hermano, Ferdinand Hoerling, era miembro de los Hermanos de Cristo, y era profesor en la escuela de niños adjunta al monasterio. El Hermano Ferdinand las llevó a la escuela de Hermanas de Notre Dame. Allí, las ayudaron generosamente en el perfeccionamiento de la lengua inglesa, que habían comenzado a estudiar en Roma. Las Hermanas, pudieron llevar a cabo sus obligaciones religiosas mientras se alojaban en casa de la señora Elizabeth Heck, quien cordialmente les ofreció hospitalidad.

En lugar de la prohibición de pedir limosna, el Arzobispo Ryan de Filadelfia, con suma amabilidad, les permitió pedir limosna sólo durante dos semanas. La señora Heck les consiguió este permiso de manera escrita. Pasadas las dos

Hermana M. Escolástica Demer, primera candidata admitida en la nueva fundación en Roma.



semanas, las Hermanas marcharon hacia Baltimore, donde la Escuela de Hermanas de Notre Dame les ofreció de nuevo su hospitalidad y recibieron una notificación escrita de la madre Carolina diciéndoles que en cualquier lugar donde hubiera casa de Hermanas, las dos Hermanas de Roma tendrían su hogar, como si pertenecieran a la comunidad de Notre Dame. Tras dos semanas, las Hermanas Escolástica y Joachina se trasladaron a Pittsburg, Detroit, Chicago y Milwaukee. En Milwaukee fueron de nuevo las invitadas de la Escuela de Hermanas de Notre Dame y allí, conocieron al director espiritual, Padre Pedro Matías Abbelen, enormemente estimado por el Arzobispo Michael Heiss y amigo íntimo de Monseñor Jacquemin. Con unas condiciones tan favorables, obtuvieron fácilmente permiso para obtener limosnas para la casa madre. Su próximo destino fue San Luis, Missouri, donde de nuevo las Hermanas de Notre Dame fueron sus grandes benefactoras. Con sentimientos de profunda gratitud, las Hermanas de La Madre Dolorosa buscaron la manera de pagar su deuda a lo largo de los años.



Obispo John
Joseph Hennessy,
de la Diócesis de
Wichita,
1888-1920.

— WICHITA, KANSAS — HOSPITAL DE SAN FRANCISCO

Durante su estancia en San Luis, el vicario general de la diócesis, Reverendo Henry Muechlsiepen, informó a las dos Hermanas de que el Obispo John Joseph Hennessy de Wichita, Kansas, tenía necesidad de Hermanas para llevar su hospital y su orfanato, ya que las Hermanas de la

Misericordia, que habían regentado estas instituciones, no lo podían seguir haciendo. El vicario general aconsejó a las Hermanas que escribieran al secretario del obispo, Reverendo Henry Tihen en Wichita, quien acababa de estar en San Luis pidiendo Hermanas para trabajar en el hospital. La madre Frances y Monseñor Jacquemin estaban debidamente informados de esta oportunidad, y la oferta fue aceptada. Finalmente el 27 de julio de 1889, se recibió el consentimiento del Obispo y se envió a Roma por telegrama. En Roma, el comienzo del apostolado en América fue confiado a San José, el intercesor más poderoso en el que la Madre Frances podía confiar.

Se eligieron cinco jóvenes Hermanas como primer personal de las Hermanas de La Madre Dolorosa para el hospital de San Francisco, así llamado desde sus comienzos en 1887. Debido a la enfermedad de la Madre Frances, el mismo Monseñor Jacquemin decidió ir a América con nueve Hermanas, todas con su entusiasmo juvenil para llevar las enseñanzas de su fundadora. Cuatro de ellas abrirían una futura misión en Filadelfia.

El apostolado que se intentó en Filadelfia no prosperó porque surgieron muchas dificultades y malentendidos. Dos Hermanas de otra comunidad habían estado recientemente pidiendo limosna, evidentemente sin permiso del Arzobispo Ryan. Presumiendo que eran las dos mismas Hermanas, Escolástica y Joachima, que lo habían hecho en otras ocasiones, él recurrió al decreto del Condado de Baltimore e incluso prohibió a monseñor Jacquemin celebrar la Eucaristía en su archidiócesis. Teniendo en cuenta que todos los esfuerzos para explicar el asunto y aclarar los malentendidos fallaron, el intento de hacer una fundación en Filadelfia fue abandonado y las cuatro Hermanas destinadas a esa misión fueron enviadas al hospital de San Francisco, Wichita, Kansas.

El edificio primitivo del hospital San Francisco era efectivamente una "casa de pobres" hacia la que se dirigían las Hermanas desde la estación del tren. No quedaba ni un plato ni una taza en buen estado. No había cristales en las ventanas y contaban con muy poco equipo para cuidar a los enfermos. Para su gran alegría sin embargo, las Hermanas encontraron una pequeña capilla dedicada a la Madre Dolorosa. La Madre Frances hizo su primer viaje a América en 1890. Llegó a Wichita el 23 de mayo. Estuvo encantada viendo a tantas jóvenes Hermanas ocupadas en el trabajo y con sus corazones evidentemente





Hospital San Francisco, Wichita, Kansas, cuando lo comenzaron las Hermanas de La Madre Dolorosa, el 1889.

unidos a Dios en el servicio a los enfermos, ¡Su visión franciscana se estaba haciendo realidad!

El mayor benefactor de las Hermanas y del hospital fue el Obispo Hennessy. Aunque casi se retira, se las arreglaba de cualquier manera para conseguir lo que ellas necesitaban para vivir, por ejemplo, los útiles necesarios para su servicio divino. Para gran sorpresa de la Madre Frances, él se le presentó un día ¡con un caballo y una silla!, Los granjeros de la vecindad eran generosos también, y les daban productos de su huertas, e incluso, en una ocasión, les regalaron dos vacas y un ternero de tal manera que



Vista aérea del Hospital de San Francisco, Wichita, Kansas, 1978.

el hospital pudo contar con leche. La Madre Frances visitaba a menudo los hogares y las Hermanas salían a recoger comida con su nuevo carro tirado por el caballo. De esta manera, hicieron amistad con la familia Betzen; más tarde, cinco hijas de esta familia llegarían a ser Hermanas de La Madre Dolorosa: la Hermana M. Bartolomea, Aegidia, Domitilla, Gonzaga y Anselma. De igual manera, entraron dos hijas de los Springobs, grandes benefactores también, la Hermana Cornelia y Jacoba.

— MENOMINEE, WISCONSIN — EL HOSPITAL DE SANTA MARÍA

A pesar de todos los regalos y las buenas intenciones de los bienhechores, los ingresos de San Francisco eran escasos y había poco dinero para pagar el alquiler y los grandes gastos. La Madre Frances consideró necesario mandar a algunas Hermanas a pedir limosna para el mantenimiento y las mejoras necesarias del hospital. La Hermana M. Columba y otra compañera fueron enviadas en el verano de 1890 a la Diócesis de la Crosse, en Wisconsin para buscar ayuda financiera. Allí, conocieron al Padre Paul Geyer, un sacerdote de Marshfield, y al Padre Louis Kaluza de Menominee, Wisconsin. Ambos estaban buscando Hermanas para dirigir un hospital en sus respectivas parroquias. Al volver a Wichita, las Hermanas informaron a la Madre Frances de la petición de los dos sacerdotes. Habiendo averiguado los detalles de los lugares señalados, fue informado de que la vieja "casa pobre" en Menominee podía servir por ahora como hospital y como residencia de las Hermanas. Además, las Hermanas destinadas a Marshfield podían quedarse en Menominee hasta que el Padre Geyer encontrara alojamiento para ellas. Se enviaría un telegrama a las Hermanas diciéndoles cuándo debían venir.

La Madre Frances aceptó los hospitales en Menominee el 30 de octubre de 1890, y en Marshfield el 7 de diciembre del mismo año. A su llegada a Menominee y durante unos días, las Hermanas fueron las invitadas de las Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua en la escuela local donde fueron tratadas muy amablemente y con hospitalidad. Ansiosas por empezar su apostolado, pidieron ser conducidas a su futura misión de caridad. Entraron de nuevo en la "casa de la pobreza"; esto fue lo que la Madre Frances había esperado. Encontraron algo de paja y con ella confeccionaron un lugar para dormir.



Hermana M. Coletta Eberth, los niños de Santa María,
Aleppo, Kansas en 1890.

Las jóvenes manos comenzaron inmediatamente a trabajar e hicieron colchones de algunos materiales que ellas mismas trajeron. Los sitios de negocios de Menominee no dieron a las Hermanas ningún crédito ya que no confiaban en su solvencia económica así que, sólo cuando recibieron algo de dinero de Wichita, pudieron comprar el equipo necesario para llamar al lugar "Hospital de Santa María." El obispo de la diócesis estaba encantado con el trabajo de las Hermanas, comenzaron a llegar pacientes, los granjeros trajeron productos de todo el país, y pronto hubo suficiente comida para todos. Las Hermanas estaban satisfechas y felices teniendo cerca el ejemplo de serenidad y de vida centrada en Dios de su fundadora quien nunca se quejó de ninguna privación, ni de la dureza de la situación.

En los planes de la Madre Frances, la misión en Menominee iba a ser un centro educativo para las Hermanas. En los primeros días se les pidió a las Hermanas Franciscanas de la Adoración Perpetua que enseñaban en la escuela parroquial, que dieran las clases de inglés a las Hermanas los sábados. La casa madre de estas Hermanas, situada en La Crosse, fue vista también como lugar para la educación superior de las Hermanas. La Madre Frances ya había

hecho planes para un nuevo hospital donde todo parecía bastante favorable, pero las dos ciudades, Chippewa Falls y Eau Claire, cada una a veinte millas de la otra, construyeron sus propios hospitales, y el proyecto de construir un nuevo hospital en Menominee fue desechado en 1898. Cuando el hospital en Wabasha, Minnesota, fue aceptado aquel año, llevaron allí todo lo que pertenecía a las Hermanas y se cerró el hospital de Menominee.

— MARSHFIELD, WISCONSIN —
HOSPITAL DE SAN JOSÉ

Marshfield, Wisconsin, había sido un próspero y floreciente pueblo de 3435 habitantes allá por 1883 con plantas de manufactura, hoteles y financieras que hacían de él un pueblo próspero; pero un enorme fuego el 27 de junio de 1887 que comenzó por una chispa que saltó desde una locomotora a un almacén de leña, destruyó doscientos cincuenta edificios. Con triste determinación, los habitantes decidieron reconstruir la ciudad y hacia el 1890, bajo el liderazgo del Padre Geyer, párroco de la parroquia de San Juan, había ganado terreno el movimiento por un hospital y estaba a punto de materializarse. Tras mucha discusión, se llegó a la opinión unánime de que una comunidad religiosa de mujeres experimentadas en trabajar en hospitales, podrían construir su propio hospital ya que la ciudad había sufrido tantas pérdidas que no podían permitirse levantarlo ellos mismos. El terreno sin embargo les sería donado. Fue en ese momento cuando ocurrió el encuentro providencial del Padre Geyer con las Hermanas de La Madre Dolorosa cuando ellas intentaban conseguir dinero en la Crosse.



Hospital temporal
en Marshfield,
Wisconsin, 1890
en la avenida North
Central, cerca de la
Iglesia de San Juan.

Al no tener las Hermanas los medios para construir el hospital, el Padre Geyer les aseguró que les ayudaría en los detalles que tuvieran que ver con el préstamo y la supervisión de la construcción del hospital. La Madre Frances estuvo de acuerdo y solicitó que el edificio fuera llamado "Hospital San José." Iba a estar preparado para el 1 de diciembre de 1890 pero, teniendo en cuenta que eso no era posible, el Padre Geyer alquiló una casa para las Hermanas hasta que terminó la construcción. La Madre Frances y cinco Hermanas llegaron el 9 de diciembre de 1890 y la pequeña casa tomó pronto apariencia de hospital, preparado para recibir pacientes. Sin embargo éstos tardaron en llegar ya que por aquel entonces se prefería la asistencia domiciliaria por la que las Hermanas cobraban 25 centavos al día. Finalmente, el 2 de febrero de 1891, el recientemente construido hospital estuvo preparado para ser ocupado y las Hermanas se trasladaron. Pero todo estaba a medio terminar; las paredes no estaban enyesadas, ni los suelos puestos, la calefacción en malas condiciones y la única agua disponible era la sacada a mano por las Hermanas del tanque del ático.

El gran problema era dónde conseguir el dinero para pagar el hospital dado que los pacientes eran pocos y pobres; sólo se admitieron cuatro durante el primer año. El dinero que la Madre Frances había recibido de Roma no era suficiente ni para pagar los intereses del crédito. Marshfield no pudo ofrecerles ningún tipo de ayuda ya que aún no se había recuperado de la reciente catástrofe. La gente dio lo que pudo en alimentos y productos de huerta, lo que permitió que se mantuvieran a duras penas. Pero las oraciones de la Madre Frances al buen San José, su incondicional auxilio, no fueron desoídas.

Hospital San José, Marshfield, Wisconsin, como estaba en julio de 1891.



Desarrollo de la Congregación

— EL TRATAMIENTO KNEIPP —



Padre Joseph Joch, consejero y capellán de las Hermanas de La Madre Dolorosa, durante muchos años, entre 1892 y su muerte en 1944.

En el pueblo cercano a Auburndale residía un joven sacerdote, el padre Joseph Joch, de descendencia Bohemia, que estaba a cargo de la parroquia, de la iglesia y de la escuela, más otras siete misiones remotas. Naturalmente el esfuerzo físico fue superior a la fuerza de un joven sacerdote y durante una gripe en 1888, sufrió un ataque de nervios. Entonces la superiora general de la escuela de San Francisco, Madre Alexia, quien la regentaba, le ofreció que se quedara en su convento en Milwaukee durante el período de recuperación. En 1892, el nuevo obispo de La Crosse, James Schwebach, le aconsejó ir a Bavaria a probar la cura Kneipp y si fuera posible traer su conocimiento a los Estados Unidos. El Padre Joch contactó con la Madre Alexia, quien tenía problemas de reumatismo y junto a algunas de las Hermanas, determinó viajar a Würshofen, Bavaria, para probar la cura Kneipp, estudiarla, volver a América e instalar un centro de sanación en Milwaukee, usando este tratamiento hidroterápico. Pero tras su vuelta de Europa y la petición de la Madre Frances, el

obispo Schwebach envió al Padre Joch a Marshfield como capellán del hospital. El Padre Joch había sido el confesor de las Hermanas durante su pastoral en Auburndale de manera que no era un extraño para ellas. Su primer encuentro con la Madre Frances en Marshfield le dejó una indeleble impresión. Se dedicó de todo corazón a la tarea que el obispo le había encomendado al mismo tiempo que intentaba por todos los medios encontrar soluciones a las necesidades económicas del hospital. Esperaba adquirir fondos para pagar el interés del préstamo y la deuda del hospital. Vendiendo

tickets de cinco dólares a los trabajadores de los campos de madera de los bosques del norte que le servirían como seguro en caso de accidente o enfermedad y les proveerían de un año de cuidados en el hospital. Sin embargo, los fondos no llegaban.

De repente, un pensamiento le sacudió, la cura de Agua Kneipp. Cuando puso su plan en conocimiento de la Madre Frances en Roma, ella le escribió animándole el día de Año Nuevo de 1893:

... y ojalá tus planes acerca de la Cura Kneipp se materialicen en el hospital San José y se establezca en América y si nuestras Hermanas pueden prestarte ayuda con ello, que así sea. Yo continuaré rezando por ti y espero verte personalmente en junio. Por entonces habrá muchos pacientes que hayan probado el valor de la cura.



Vista aérea del Hospital San José y la Clínica de Marshfield, 1980.

La Cura salvó la situación. Tan pronto como se corrió la voz, vinieron personas de cerca y de lejos para ser curados de cualquier enfermedad que padecieran. La condición financiera del hospital mejoró pronto, así que pudo comprar un equipo adecuado y se realizaron mejoras en el hospital. Comenzaron a llegar doctores eficientes y aunque la Cura Kneipp fue más tarde interrumpida, el Hospital de San José comenzó su desarrollo hasta llegar a ser el segundo centro de salud más grande de Wisconsin.

Oshkosh, Wisconsin, Hospital de Santa María

El Padre Roman Scholter, párroco de la parroquia de Santa María en Oshkosh, según conoció la noticia y dado que tenía Hermanas que hablaban alemán trabajando en su hospital y haciendo asistencia domiciliaria, quiso saber si cabría la posibilidad de tener el mismo privilegio en su parroquia.

La Madre Frances, aunque impresionada por el pensamiento de aceptar otro hospital en su desesperada situación, escuchó pacientemente lo que el Padre Scholter le suplicaba. Mientras, le daba vueltas a la imposibilidad de aceptar otra enorme deuda y la urgente necesidad de educar a las Hermanas para los distintos puestos en los que se encontraban, en vez de imponerles de nuevo la responsabilidad de sacar adelante otra institución, intentó explicar todo esto al Padre Scholter; pero cuando éste le presentó su gran necesidad de religiosas para aliviar las necesidades físicas y espirituales de los enfermos, especialmente de los inmigrantes sin familia que no hablaban inglés, ella se quedó sin argumentos. Tras rezar mucho a San José, le prometió mandar Hermanas para que llevaran el nuevo hospital en Oshkosh.

El Padre Scholter, un excelente negociador y organizador, consiguió cuatro solares frente a la iglesia de Santa María y el colegio, donde previa-



Hospital temporal,
Oshkosh, Wisconsin,
1891-1895.

mente había un edificio antiguo de dos plantas que servía como almacén y como taberna. Él dirigió la remodelación del edificio para hacerlo adecuado para vivir y donó 600 dólares de sus propios ingresos para afrontar el costo del proyecto. Se instalaron baños, un horno de aire caliente y un sistema de agua, y este pequeño hospital que acogería a unos quince pacientes, se llamó "Hospital Santa María." Más tarde, las Hermanas lo compraron y pagaron el mobiliario con el dinero de los préstamos y las colectas, lo que sumaba 2980 dólares.

El 25 de febrero de 1891, miércoles, de nuevo tras mucho orar a San José, la Madre Frances, la Hermana Escolástica, y la Hermana Alfonsa Boell llegaron al Hospital Santa María. Años más tarde la Hermana Alfonsa relataba las condiciones en las que se encontraba cuando llegaron. Se trataba de una casa vacía, sin camas, mesas, sillas ni platos excepto tres vajillas de barro y las cucharas que ellas traían. Se sentaban en cajas en una pequeña cabaña construida sobre la casa para comer lo que ellas traían de Marshfield. Para descansar por la noche, extendían en el suelo las mantas que ellas mismas habían traído. Las Hermanas aceptaron todas estas privaciones sin quejarse lo más mínimo y teniendo con ellas a la fundadora, que nunca perdió la compostura en

Hospital
Santa María,
Oshkosh,
Wisconsin,
1895.



mitad de aquella extrema pobreza y privación. Ellas sabían que la Madre Frances estaba experimentando lo que había deseado tan ardientemente en su visión franciscana, una vida de completa pobreza, combinada con la profunda oración contemplativa y el ministerio apostólico, especialmente con los pobres y los necesitados.

Los Problemas del Nuevo Mundo

De igual manera que la comunidad creció y se expandió, se acrecentaron los problemas y las dificultades. Uno de los problemas a los que se enfrentaba la Madre Frances en el Nuevo Mundo y que le causaba mucha ansiedad y preocupación era que el obispo Hennessy quería que ella y Monseñor Jacquemin se separaran completamente de Roma y establecieran la Casa Madre en Wichita, ya que, según él, sería más fácil para la comunidad desarrollarse sin las ataduras del Viejo Continente. Los sacerdotes también insistieron en que las Hermanas adaptaran sus constituciones y la disciplina religiosa a las demandas y condiciones de la vida americana, argumentando que unas reglas menos austeras y severas, atraerían más postulantes y de esa manera serían más productivas en las escuelas y los hospitales. Alarmada por estas innovaciones, la Madre Frances se negó enérgicamente a ceder en ninguno de los principios de vida observados en Roma que eran los escritos en las Constituciones ya que esta acción iría completamente en contra de la finalidad de su fundación.

Otros problemas del Nuevo Mundo radicaban en las condiciones financieras; y otros en conflictos de opinión. Monseñor Jacquemin, preparado como jurista, no siempre veía las razones para determinados cambios de Hermanas o nombramiento de superiores, mientras que la Madre Frances, siendo la superiora General, conocía las capacidades de las Hermanas. Durante este tiempo, aprendió mucho del Padre Joch con respecto a usar su propio juicio frente a los establecidos en América, no sólo en asuntos fiscales sino en otros concernientes a los traslados y la asignación de las Hermanas como superiores o administradoras, ya que estaba muy familiarizado con el escenario americano. Desde que él demostró ser un administrador fiable, valioso y capaz, se le encargaban también los asuntos espirituales de las Hermanas en América. La Madre Frances le dio plena confianza en este sentido.

— EL CUADRO DE LA DOLOROSA —



En 1890, el cuadro de La Dolorosa que sería oficial para la comunidad fue comprado para la Casa Madre en Roma. Se hicieron reproducciones de la pintura en óleos y se enviaron a las casas de misión. El primero fue enviado al Hospital San José en Marshfield en marzo de 1894 ya que, desde el principio esa casa fue considerada la principal de entre las casa americanas y allí mismo se estableció el Noviciado.

Las Escuelas

La Madre Frances estaba también muy interesada en la educación de los jóvenes, ya que, había sido preparada como profesora y pasado muchos años enseñando y en puestos administrativos relacionados con la escuela. Viendo las condiciones pioneras del Nuevo Mundo, aceptó la desesperada súplica del Padre John Loevenich por la que pedía que las Hermanas regentaran sus escuelas en la nueva parroquia de Ost, Kansas, y la recientemente establecida misión de Aleppo, incluso cuando no habían tenido tiempo para prepararse para la tarea y obtener así la formación necesaria. Más tarde las Hermanas tuvieron que dejar estas escuelas por falta de personal y pasaron a manos de las Adoradoras de la Sangre de Cristo.

El siguiente intento en una escuela rural fue en Bakerville, Wisconsin, cerca de Marshfield. Aunque la labor fue interrumpida por falta de medios, años más tarde, las Hermanas enseñaron allí de nuevo.

Durante el tiempo que las Hermanas llevaron el hospital de Wichita, también acogieron a un pequeño número de huérfanos en el edificio. Éste fue el orfanato diocesano, pero, tras algunos años, el Obispo Hennessy consideró que debía estar separado del hospital. En 1893, él mismo dio parte de su casa para este propósito, y dejó la parte delantera para su propia residencia y la trasera para los huérfanos y las Hermanas. Alrededor de un año después, debido a que el lugar no acogía a ambos sexos al mismo tiempo, se tuvo que clausurar.



— PRIMERA MISIÓN EN EUROPA —

Convento de
las Hermanas Viena,
Austria, 1844.



En el transcurso de una peregrinación de Viena a Roma, María y Elisa Kuppelwieser, dos señoras de la nobleza, oyeron el deseo de las Hermanas de fundar una obra en un país de habla alemana y prometieron ayudarlas a conseguir el favor del gobierno austriaco, que acababa de ordenar que no se admitieran en el país nuevas órdenes religiosas. El 21 de noviembre de 1892, la Hermana Escolástica y una compañera dejaron Roma para visitar Viena, donde las Hermanas del Convento del Sagrado Corazón en Rennweg las aceptaron como invitadas. Sugerido por el obispo, las Hermanas fueron presentadas a algunas señoras de la nobleza, incluida la Condesa Coudenhove. Estas señoras fueron amables, pero no pudieron hacer nada con respecto a admitir una nueva orden religiosa. Providencialmente, la Condesa, tras un accidente, pidió que una de las Hermanas cuidara su tobillo torcido. Como institutriz de la nieta del emperador, estaba en situación de obtener el favor de éste y así lo hizo para alegría de la Madre Frances y de todas las Hermanas.

El 1 de febrero de 1893, la Madre Frances compró una pequeña casa en el número 175 de Simmeringer Hauptstrasse y las Hermanas del Convento del Sagrado Corazón y otros bienhechores les regalaron los muebles y los utensilios necesarios. Incluso el emperador contribuyó al establecimiento, permitiendo a las Hermanas agrandar la casa hasta conseguir un convento aceptable. Las Hermanas realizaban asistencia domiciliaria, y comenzaron a formarse para el trabajo en los jardines de infancia y escuelas de costura. La Madre Frances animó a las Hermanas a trabajar con el verdadero espíritu franciscano de pobreza y oración al servicio de los enfermos.

Tras la petición de la Baronesa Von Hasslingen, residente en Viena, la Madre Frances se hizo cargo de un establecimiento en Lussingrande, isla de Istria del Mar Adriático, en el que cuidarían de niños con tuberculosis. Desgraciadamente los acontecimientos de la I Guerra Mundial obligaron a cerrar esta misión.

Durante dos veranos, las Hermanas también se encargaron del hogar de Santa Matilde, cerca de Viena, un lugar para mujeres, especialmente profesoras, que necesitaban descanso y recuperación. Y además desde 1894 a 1899, se ocuparon del Hospital María Teresa para mujeres, por el que recibían compensación económica y hospedaje. A causa de la gran necesidad que tenían las Hermanas en América, tuvieron que retirarse de todos los establecimientos excepto de la casa número 175 de Simmeringer Hauptstrasse.



Hospital de Rhinelander,
dirigido por las Hermanas de
La Madre Dolorosa, 1893

Rhinelander, Wisconsin Hospital Santa María

Un valioso ejemplo de la confianza que tanto la Madre Frances como monseñor Jacquemin depositaron en el Padre Joch, fue el establecimiento de dos hospitales en el norte de Wisconsin: el de Santa María en Rhinelander y Tomahawk. "Ojalá Dios te ilumine con respecto a todo lo que hay que hacer en Rhinelander y Tomahawk," le escribió la Madre Frances el 8 de julio de 1893.

En junio de 1893, fue abierto el Hospital Santa María con la llegada de tres Hermanas que traían una carretilla con todas sus pertenencias, una rebanada de pan, y cincuenta dólares en el bolsillo. Parece que el párroco de la iglesia de Santa María en Rhinelander, Padre Nicolás July, participó en conseguir que las Hermanas vinieran. Monseñor Jacquemin había hecho, sin embargo, verdaderos esfuerzos para que, a finales de 1892, las Hermanas trabajaran con contrato en la compañía Bay Shore Provident de Menominee, Michigan, pero cuando aconsejó al Padre Joch que investigara este asunto en su ausencia, el Padre Joch pensó que lo mejor para las Hermanas era construir su propio hospital. La Madre Frances consintió de buena gana, por lo que, el 9 de mayo de 1894 escribió: "Construid en Rhinelander. Conseguid el dinero para el edificio en condiciones favorables. Por ahora, no aceptaremos nuevos hospitales en América hasta que aquellos que tenemos estén establecidos y a salvo."

Hospital Santa
María, Rhinelander,
Wisconsin, 1895.



Hospital Santa María, Rhinelander,
Wisconsin, 1980.



En 1895 se completó la primera construcción del Hospital Santa María. El nuevo hospital a orillas al río Pelicano, sirvió a la comunidad de Rhinelander muchos años hasta que se vio la necesidad de ampliarlo.

Tomahawk, Wisconsin Hospital Sagrado Corazón

El establecimiento de Tomahawk fue también cedido por completo al cuidado y administración del Padre Joch. Durante el tiempo de negociación y planificación del hospital de Rhinelander en el verano de 1893, el Padre Charles Hoogsteel, párroco belga de la parroquia de Santa María, Tomahawk, fue paciente Kneipp en el Hospital San José, Marshfield. Él se enteró del plan en Rhinelander e inmediatamente fue al Obispo Messmer de la diócesis de Green Bay, a la cual pertenecía por aquel tiempo, pidiendo permiso para construir un hospital y para que el Obispo recomendara este proyecto al Padre Joch y a las Hermanas. La Madre Frances y Monseñor Jacquemin estaban en Roma por aquel entonces, así que el Padre Joch aceptó el permiso del Obispo e informó a Roma. Aunque temían que los dos hospitales se encontraran muy cercanos el uno del otro, Madre Frances y Monseñor Jacquemin dieron su consentimiento para empezar el nuevo hospital en Tomahawk en julio de 1893.



Hospital
temporal,
Tomahawk,
Wisconsin,
1893.



Hospital Sagrado Corazón,
Tomahawk, Wisconsin,
1894.

Como en todas las nuevas fundaciones, las Hermanas sufrieron frío, hambre, privación y pobreza, pero habían aprendido de su fundadora el espíritu de dedicación desinteresada. Esto las animó y se cargaron de paciencia y amor a Dios y a la humanidad que sufre. En la primavera de 1894, se construyó un nuevo hospital para que ocupara el lugar de las viviendas que habían resultado ser inadecuadas. El nuevo hospital Sagrado Corazón pronto floreció junto al Santa María en Rhineland.

Crisis en Wichita

Un serio problema que la Madre Frances tuvo que afrontar fue la crisis económica del Hospital San Francisco en Wichita. Tras el "boom" de Kansas en 1880 en el que la prosperidad alcanzó una altura desconocida, hubo una serie de sequías y cosechas perdidas. Después de esto, muchos granjeros se trasladaron a Oklahoma. Wichita no se había recuperado de su crisis económica y en consecuencia, el hospital también sintió sus efectos de una manera tan severa, que la Madre Frances envió un telegrama al Padre Joch: "Vende y establécete en Wichita". Con el corazón oprimido, tal y como escribió años más tarde, él vivió los proyectos inacabados de la ciudad y los intentos desesperados de la gente por superar sus dificultades. En el hospital encontró que las condiciones no eran mejores. Tal y como declaró: un médico dirigía el hospital y los demás lo boicotearon. El Padre Joch era un lince para los negocios y ni vendió ni se estableció en Wichita. Intuyó que, una vez que la depresión fuera superada, la ciudad tendría un gran futuro gracias a su situación, la fertilidad de la tierra y otros factores. Bajo el liderazgo de la Hermana M. Serafina Eberth y con el doctor Andrew Fabrique a la cabeza del personal médico, el hospital comenzó a florecer de nuevo.



Vista de la ampliación del Hospital de San Francisco, Wichita.

— PROBLEMAS EN VIENA —

No era un secreto que la Madre Frances tenía problemas con personas de carácter difícil. Le confió al Padre Joch que la Hermana Pía, la anterior superiora del Hospital San Francisco en Wichita, era demasiado severa y austera con el obispo, causando unas malas relaciones públicas e incluso el mal funcionamiento del hospital. Pero fue la Hermana Escolástica y su abandono de la comunidad la que causó a la Madre Frances el mayor de los sufrimientos. Ya había sido necesario trasladarla en dos ocasiones por los problemas que había causado. De regreso a Roma, dio pie a muchos comentarios sobre Monseñor Jacquemin, y escribió al Cardenal Vicario acusándole de tener una conducta inapropiada.

Tras mejorar, la Hermana Escolástica, fue enviada a Viena, donde ayudó a establecer una nueva misión. Fue nombrada superiora. Sin embargo, la Hermana Escolástica falló de nuevo. Se sintió herida en su orgullo al ser amonestada por la Madre Frances para que corrigiera determinados abusos y desórdenes que habían aumentado entre las Hermanas, así que, se marchó del convento secretamente una noche, acompañada de cinco Hermanas más que estaban a su favor, y todas ellas fueron a Munich. Las encontraron gracias al remite de una carta que una de las Hermanas envió a sus padres. La más joven del grupo, por ser bastante dócil, pudo volver a la comunidad, pero las demás fueron dispensadas de sus votos por el Cardenal Vicario.

Es en este momento cuando la Madre Frances, se dirige rápidamente y con tristeza a Viena en un esfuerzo por recuperar el espíritu religioso hundido y desanimado de las Hermanas. En un escrito al Padre Joch el 29 de marzo de 1895, declaró:

... Sólo con mucho esfuerzo puede una nueva superiora encontrar acogida tanto entre las autoridades, muy decepcionadas, como entre nuestras Hermanas que se aferran tan fervientemente a su madre espiritual, a pesar de que yo tuve que servirme de una disciplina tan rígida. Pues bien, a través de ella se manifestaba todo su amor de madre. Aún cuando las reprimendas eran severas, el corazón de la madre permanecía abierto y en él se refugiaban las almas descarriadas, pero arrepentidas...

Nuestra Orden está siendo purificada ahora y ciertamente renovada por la voluntad de Dios. Por esto, nuestro Dios os bendecirá a vosotras en

América, y a mí en Austria. Roma está a salvo. Esta tierna planta, está protegida de peligros externos y nuestro Reverendo Padre hace todo lo posible para fomentar su crecimiento.

El Padre Joch había querido tener a la Hermana Johanna de vuelta en América, pero la Madre Frances consideró muy importante mantenerla en Roma para ocupar el lugar que dejaba la Hermana Valeria Wiczurke como maestra de novicias, ya que ésta fue trasladada a Viena como superiora. La Hermana Valeria había sido Hermana del convento Benedictino cuando éste fue suprimido por la Santa Sede. Después de muchas súplicas insistentes, fue aceptada por la Madre Frances y una vez hecha su profesión, fue enviada como maestra de novicias a Roma. Aunque no se dio cuenta por entonces, la elección fue sabia



humanamente hablando, pero fuente de gran sufrimiento en un futuro cercano.

Antes de dejar Viena, la Madre Frances estableció una misión en Kukul, Bohemia, que se incendió dos años más tarde, y las obligó a dejar la misión y a volverse a Viena.

Denville, New Jersey Sanatorio San Francisco

La idea de un Centro de Agua Curativa Kneipp en Denville, New Jersey, llegó al Padre Joch a través de un encuentro casual con el Padre Buenaventura Frey, provincial de los capuchinos, en el momento en que el anterior aplicaba el Tratamiento Kneipp a otro capuchino, el padre Francis Haas, en Fon du Lac, Wisconsin. El Padre Buenaventura aludió al hecho que, en Denville, New Jersey, hubiera un lugar que iba bien para el Tratamiento Kneipp, puesto que en el mismo sitio había un lago y un río. Los Padres Benedictinos que eran los dueños de la propiedad, estarían encantados de disponer de él. El propósito inicial era hacer un colegio, pero esto no se materializó y la tierra fue cedida a un granjero. Los edificios usados para almacenar el grano fueron arrasados por ratas y ratones.

Una vez más, dicho y hecho, el Padre Joch acompañó al Padre Buenaventura a New Jersey a inspeccionar la propiedad. De camino, visitaron al Obispo Wigger el cual, tras una inspección, se mostró muy satisfecho por contar con un lugar en buen uso. Aunque encontraron muchos edificios en condiciones muy pobres, pensaron que todo podía ser arreglado. El Padre Joch no perdió tiempo en presentar el proyecto a la Madre Frances y a Monseñor Jacquemin, ya que ambos estaban en Roma; de nuevo, confiaron en él y le dieron permiso para llevar a cabo la empresa.

El 21 de mayo de 1895, el Padre Joch se fue a Denville con siete Hermanas, para empezar la nueva misión que más tarde se llamaría "Sanatorio San Francisco". Encontraron obreros para reconstruir los edificios y pronto estuvieron habitables. Benedictine Abbot Hilary vendió el equipamiento de la capilla y un vagón repleto de muebles usados.



Sanatorio de San Francisco, Denville, New Jersey: a la izquierda: el edificio Glover y pequeñas reformas, 1895; a la derecha: fachada del edificio, 1896.



El Tratamiento Kneipp había sido ampliamente anunciado en los periódicos y los pacientes suplicaban que se les atendiera, incluso antes de que la casa estuviera acondicionada para recibirlos. El Padre Joch, habiendo estudiado previamente algo de medicina y habiendo aprendido el proceso y los métodos de tratamiento en Bavaria del mismísimo Padre Kneipp, a menudo hacía las veces del médico y examinaba, prescribía y a veces incluso trataba a pacientes masculinos durante los primeros años, cuando no había doctores disponibles. Gentes de todas las creencias y clases sociales eran admitidas y tratadas de la mejor manera posible, e hicieron de ella una institución verdaderamente de caridad. Incluso, aunque Denville era predominantemente una comunidad protestante y existía mucha intolerancia y animosidad junto a insultos hacia las Hermanas al principio de la fundación, su caridad y amabilidad incansables hacia todos, hicieron que pronto cambiaran de opinión. La gente acudía sin cesar, cada vez más agradecidos por todos los servicios recibidos. En tres meses se había conseguido establecer una institución bien dirigida y ya se habían hecho planes para construir otro edificio.

La Madre Frances llegó en agosto de 1895 con veintiuna Hermanas más. Todas quedaron maravilladas por la increíble labor que se había llevado a cabo en Denville en poco más de dos meses. La tía de la Madre Frances, Rosa, acompañó al grupo a América ofreciéndole su asistencia, y volvió al año siguiente. El hermano de la Hermana Serafina, John Eberth, también fue en ese viaje, y prestó sus servicios a las Hermanas hasta su muerte en 1918.

Al dejar Denville, la Madre Frances visitó los cinco hospitales de Wisconsin, dos de los cuales no había visto aún: El Sagrado Corazón en Tomahawk y el Hospital Santa María en Rhineland. Su mayor preocupación en esta visita era constatar si las Hermanas estaban bien formadas en los principios de la vida religiosa, si tenían tiempo y oportunidades para desarrollar sus obligaciones religiosas, y si se les



Hospital del
Sagrado Corazón,
Tomahawk,
Wisconsin, 1980.

ofrecía la oportunidad de mejorar a nivel educativo. Monseñor Jacquemin, que había ido a América de nuevo en junio con un grupo de Hermanas, dio retiros y celebró los ritos de profesión de votos temporales y perpetuos en presencia de la Madre Frances. Después de esto, ambos viajaron a Oshkosh, Menomonie y finalmente a Wichita, donde se les dio una cálida bienvenida por parte del Obispo Hennessy, quien expresó su agradecimiento por no haber dejado el hospital en un momento tan crítico. Ellos además visitaron las escuelas en Aleppo y Ost, Kansas.

Visitas al Sanatorio San Francisco



Casa de la salud,
San Francisco,
Denville, New Jersey,
1980.

En su primera visita a Denville en agosto de 1895, la Madre Frances quedó satisfecha, ya que todo estaba de acuerdo con sus ideales de servicio a los pobres y a los enfermos, y a todos aquellos que necesitaran curación corporal y espiritual. Antes de las Navidades de 1895, la Madre Frances junto con Monseñor Jacquemin, volvieron a Denville, New Jersey. Tras un retiro dirigido por Monseñor Jacquemin, algunas Hermanas profesaron sus votos en presencia de la Madre Frances. Las Hermanas notaron que su Madre espiritual estaba sufriendo interiormente, pero ella tan sólo les pidió que rezaran. Poco después, Monseñor Jacquemin marchó a Roma el 5 de junio de 1896, la Madre Frances dio su aprobación y firmó un contrato para erigir un edificio que acogiera el Sanatorio San Francisco. La suma ascendió a 6.950 dólares, y firmó como presidente de la corporación "Las Hermanas de la Madre Madre Dolorosa".

Ofrecimiento de una escuela de niñas en el Estado de Washington

Por aquel entonces el Padre Antón Jochren, un antiguo miembro de la Sociedad de Enseñanza Católica y en ese momento misionero en el noroeste americano, ofreció a la comunidad un colegio de niñas en el Estado de

Washington. La Madre Frances pidió al Padre Joch que fuera e inspeccionar la propiedad para estar segura de su viabilidad antes de aceptar la oferta. El proyecto no se materializó. La Madre Frances, no conociendo la gran distancia que había entre el este y el oeste de los Estados Unidos, pensó que el viaje había sido demasiado costoso para el Padre Joch.

— MUERTE DE LA MADRE —
DE MADRE FRANCES

La Madre Frances volvió a Marshfield y mientras estaba allí recibió la mala noticia de que su querida madre había muerto el 8 de febrero de 1896. Había estado enferma con gripe y tras recibir los Sacramentos, murió en paz en los brazos de su hija Hedwig.

Desde Marshfield, la Madre Frances fue a Oshkosh, desde donde escribió al Padre Joch, el 2 de marzo, diciendo que ella pensaba volver a Denville y esperaba que él volviera allí a tiempo "para asegurar el proyecto recién empezado" esto es, la erección de un nuevo edificio. Ella le informó que el Reverendísimo Obispo de Newark le estaba esperando para fijar la fecha de la dedicación. Algunos días más tarde, volvió a Denville.

— MARCHA DE LA —
MADRE FRANCES DE AMÉRICA

La Hermana Johanna partió de Denville hacia Roma el 9 de marzo de 1896 y la Madre Frances la acompañó al barco. Poco después de que el Padre Joch llegara desde la Costa Oeste, parece que, la Madre Frances le confió las dificultades que tenía con Monseñor Jacquenim de las que él mismo se había percatado. Es cierto que el Padre Joch tenía un temperamento fuerte, pero fue siempre leal a la Madre Frances a la que respetaba enormemente. Unos días después, la Madre Frances marchó a Roma haciendo antes una parada en el convento de Viena.

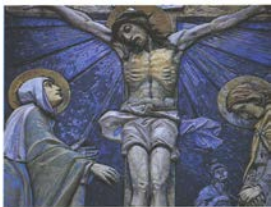
Llegada a Roma

El 2 de abril de 1896, la Madre Frances llegó al convento de las Hermanas en Viena. Como era Jueves Santo, se quedó para celebrar el Triduo Sagrado de la Semana Santa y salir para Roma, con la Hermana Valeria, el lunes de Pascua 6 de abril. Llegaron allí el miércoles 8 de abril. La madre Frances hizo una visita de cortesía a Monseñor Jacquemin. El tema de la conversación es aún desconocido. Mientras tanto, el 28 de marzo el Padre Joch, había tomado el siguiente barco desde Nueva York para viajar a Europa. Llegó a Roma la tarde del 8 de abril. Intentó ayudar a la Madre Frances como manifestó más tarde. Considerando lo tarde que era, el hecho de que había sufrido fiebres tifoideas durante la noche y que estuvo enfermo durante siete semanas, no tuvo oportunidad de hablar con la Madre Frances.

La misma tarde, tras una prolongada oración en la capilla, la Madre Frances decidió dejar la Casa Madre temprano al día siguiente, junto con la Hermana Valeria. La Madre Frances informó únicamente a la Hermana Johanna sobre su partida, pero no dijo nada sobre el lugar donde pretendían ir.

Tras dejar la Casa Madre, las dos pararon ante la Iglesia de San Antonio en la Calle Merulana en Roma, donde la Madre Frances rezó y se confesó. La hermana Valeria hizo lo mismo y como ella nos cuenta, el confesor le aconsejó no abandonar a su Madre General. Entonces tomaron el tren hacia Padua, donde rezaron en la tumba de San Antonio buscando luz y ayuda en la actual prueba.

En Roma, Monseñor Jacquemin estaba desconcertado y preocupado, ya que sabía por la Hermana Johanna, que ambas habían partido por la mañana sin dejar indicación alguna sobre su destino.



El Relevo de la Madre Frances

Monseñor Jacquemin, que hacía ya algún tiempo que quería relevar a la Madre Frances de su cargo como Superiora General, aprovechó ese momento para llevar a cabo la expulsión. El 10 de abril, lanzó una lista de quejas contra la Madre Frances y las envió al Cardenal Parocchi. El Cardenal envió una copia al Padre Doebbing, que era el confesor extraordinario de las Hermanas, y le invitó a llevar a cabo la visita canónica a la casa Madre para comprobar la veracidad de los desórdenes alegados y averiguar la opinión de las Hermanas de acuerdo con las medidas que debían ser tomadas. La visita reveló que las Hermanas habían tenido siempre un gran amor y reverencia a la Madre Frances, su Fundadora. Es natural que tras esto, el Padre Doebbing hablara con Monseñor Jacquemin, que había acusado a la Madre Frances. No contando con más puntos de vista, creyó a Monseñor Jacquemin y añadió más acusaciones contra la Madre Frances.



Obispo Bernard Doebbing,
O.F.M., diócesis de Nepi
y Sutri, Italia.

El rápido desarrollo de la comunidad y su constante lucha por subsistir económicamente, le causaron mucha ansiedad y necesitó viajar mucho, lo cual hizo mella en su salud. Este rápido desarrollo también necesitó el traslado de muchas Hermanas, especialmente cuando se enviaron a Roma nuevas Hermanas porque la comunidad de América tenía poco más de ocho años y había pocas de habla inglesa. Las demandas urgentes de Hermanas para hospitales y escuelas, obligó a las jóvenes a ocupar varios puestos sin mucha formación profesional, causando así dificultades y teniendo que cambiar

frecuentemente. Parece que Monseñor Jacquemin se resintió del hecho de que la Hermana Frances diera su confianza al Padre Joch y le hubiera otorgado tanto poder administrativo en el Nuevo Mundo. En ese momento, incluso hasta él mismo cambiaba de destino a las Hermanas.

El 13 de abril, el Padre Doebbing pasó el informe al Cardenal Vicario. Es evidente que el Cardenal no comparó las dos listas de quejas en las que incluso había contradicciones, sino que inocentemente creyó a los dos sacerdotes con los ojos cerrados.

Las quejas contra la Madre Frances, que salieron finalmente a la luz en 1963 de los archivos de la Vicaría Romana eran: la "extraña" conducta que mostraba dejando la Casa Madre apresuradamente sin notificar su destino; el "sin razón" traslado de Hermanas; los impedimentos para que una postulante comenzara su noviciado. Estos hechos afectaban a la vida interna de la comunidad y eran de la competencia de la Superiora General. Las quejas fueron presentadas ante el Cardenal Vicario de la manera más injusta.

La acusación llevó al Cardenal Parocchi a relevar a la Madre Frances en su cargo, y el 14 de abril de 1896 nombró a la Hermana Johanna Ankenbrand como nueva Superiora General.

Observando estas razones objetivamente, creemos que la Madre Frances podría haber solucionado aquella equivocación fácilmente si hubiera tenido la oportunidad de hablar en su propia defensa.

Así se hizo realidad el nombre "Madre María Frances de la Cruz". ¡La Visión Franciscana había llegado a ser una desoladora realidad puesta de manifiesto en la vida de San Francisco crucificado con Cristo!

Mientras tanto, la Madre Frances había viajado sola desde Padua a la casa de su hermana Hedwig en Bamberg por razones desconocidas.



Madre M. Johanna Ankenbrand, sucesora de la Madre Frances, Superiora General de las Hermanas de La Madre Dolorosa, desde 1896 a 1931

Se dijo que había habido un encuentro entre Monseñor Jacquemin y la Madre Frances la tarde del 8 de abril de 1896. El contenido del encuentro no se conoce.

Igualmente se ignoraba dónde pasó estos días la Hermana Valeria, tan sólo se sabe que apareció en la Casa Madre a primera hora de la tarde el 14 de abril de 1896. Cuando se le preguntó dónde estaba la Madre Frances, dijo que estaba en Bamberg. Se le envió un telegrama inmediatamente y la Madre llegó a la Casa Madre de Roma el 16 de abril, casi de madrugada.

Cuando la portera le informó sobre toda la conspiración realizada durante su ausencia, se dirigió inmediatamente a la habitación de la Madre Johanna, se arrodilló humildemente y respondiendo a la pregunta de la Madre Johanna sobre por qué había hecho aquello, dijo: "Lo sé todo ya; la Hermana portera me lo ha dicho. Permitamos a Dios que haga lo que Él quiera. Él lo hace todo bien".

No se sabe nada del encuentro con Monseñor Jacquemin al día siguiente.

Dos días más tarde, la Madre Frances fue enviada a Viena junto a la Hermana Valeria que no informó a las Hermanas de que la Madre Frances no iba a ser nunca más la Superiora General.

La Hermana Valeria rechazó aceptar el cambio de Superiora General y consiguió influir en las autoridades a este respecto. Fue tan lejos en su rebeldía que envió un telegrama a América diciendo que Viena se había separado de Roma. Cuando la Hermana Johanna la convocó a Roma, se negó. Solo el 4 de julio de 1846, el día que la misma Madre Johanna llegó a Viena, se enteraron las Hermanas del asunto de la Madre Frances, que durante todo este tiempo había vivido entre ellas humildemente. La Hermana Valeria dejó la comunidad el 7 de julio de 1896. Más tarde entró de nuevo a un convento Benedictino.

También hubo disturbios en América. Muchas de las Hermanas temían que la comunidad se disolviera y bastantes se pusieron en contacto con el obispo de la diócesis buscando consejo en aquellos momentos de crisis. Muchas expresaron su lealtad escribiendo a la Madre Frances, y ella

en respuesta, envió una carta de agradecimiento donde las exhortaba a permanecer leales a la comunidad y obedientes a sus superiores actuales, la Madre Johanna y Monseñor Jacquemin.

Las Hermanas, conocidas como "Comunidad de las Hermanas de la Madre Dolorosa" se comprometieron a ser fieles para siempre a los ideales de su amada fundadora, la Madre María Frances de la Cruz.

Monseñor Jacquemin también asumió sus responsabilidades con renovado entusiasmo, esforzándose en ayudar a la nueva Superiora General con su consejos. Él estaba muy cualificado para esta labor por su eminente formación y erudición, especialmente en lo concerniente al Derecho Canónico. La aprobación temporal y final de las constituciones de las Hermanas en un período de tiempo relativo, pueden ser atribuidas a su entusiasta preocupación y esfuerzo.

Nosotros que vemos el curso de estos acontecimientos un siglo más tarde, nos preguntamos "¿Por qué sacrifica Dios a sus amigos más amados, aquellos que hacen todo lo posible por ejecutar su divina voluntad y llevar a cabo sus designios? ¿Por qué a través de malentendidos y malas interpretaciones, permite que no puedan decir una palabra en su propia defensa para clarificar las acusaciones hechas contra ellos?". El misterio de la Cruz, reconocido por la fe muestra que sólo se accede a la santidad a través de los retos y las dificultades diarias nacidas del amor al Crucificado y de la imitación de su vida. No hubo otra manera para San Francisco de Asís. No habría otro modo para la Madre Frances de la Cruz.



El Retiro de la Madre Frances

La Madre Frances pasó los primeros seis meses de su retiro en Viena. Durante ese tiempo viajó a Bamberg, en agosto de 1896, donde pasó algunas semanas con su hermana Hedwing, y rezó en la tumba de sus padres. En octubre, la Madre Frances, volvió a Roma desde Viena. Se quedó allí los siguientes nueve años.

Nada importante se cuenta de ella durante esos años de tranquilo retiro en la Casa Madre. Sabemos que la Madre Johanna, a veces le pedía consejo y que pasó mucho tiempo en su habitación cosiendo, bordando y haciendo encajes para las vestimentas litúrgicas y el altar. También dio clases de música a las novicias. Las recién llegadas no sabían que ella era la fundadora porque las Hermanas que lo sabían estaban obligadas a guardar silencio. Las Hermanas observaban la norma en conciencia, ya que la Madre Frances las había instruido en la obediencia perfecta. Casi nunca iba a iglesias de fuera, aunque sí subía a la terraza de la Casa Madre a tomar aire fresco, donde caminaba de un lado a otro mientras rezaba. En su devoción personal se unía profundamente al ciclo del año litúrgico. Después de que las Estaciones del Via Crucis fueran instaladas en la capilla de la Casa Madre, ella recorrió el Camino de la Cruz



diario con la más profunda devoción. Por las cartas a su hermana Hedwig sabemos cuánta fortaleza consiguió gracias a la contemplación del sufrimiento de Cristo. Ella misma escribió, "La Cruz es la llave del Sacratísimo Corazón de Jesús en el que se encierran todos los tesoros y riquezas del Padre eterno".

Su gran deseo había sido adorar perpetuamente al Sagrario en alguna casa de la congregación tan pronto como fuera posible; así que ahora, esperando estar con nuestro Salvador, tanto y tan a menudo como fuera posible, pasó muchas horas del día y de la noche ante el Sagrario. Diariamente se ofrecía ante el tabernáculo para el progreso y el crecimiento de la Comunidad.

La Madre Frances, la fundadora que había conducido una joven comunidad de acuerdo a los ideales y espíritu franciscano durante trece años, era ahora una más de las Hermanas. Humanamente hablando, no fue fácil subordinarse a otra superiora general y a una líder local. Sin embargo, como ella siempre había buscado hacer la voluntad de Dios en vez de la suya propia, humildemente se sometió a la voluntad divina. Una nota de su diario el 21 de noviembre de 1896 lo expresa claramente:

Para imitar a María Inmaculada y ser educada por ella en su aceptación de los designios de Dios; para ser introducida por ella en el misterio del amor y el sufrimiento y que yo pueda convertirme verdaderamente en prometida del Crucificado, aquella que nunca abandonará el pie sangrante de Cristo basta que el Amado Crucificado diga: "Ven a mí; ocupa tu puesto en el centro de Mi Corazón" María debe iniciarme en el misterio de nuestros altares y adornar mi alma con su amor nupcial y eucarístico que debo merecer todavía más para participar meritoriamente del Pan de los ángeles y del Vino. Humildemente rezo a Dios para que me inspire un profundo desprecio de mí misma, pureza y negación de mi propia voluntad como otro fruto especial del retiro.



— EN CASTILLO SANTA ELIA —

En 1905, la necesidad de una institución para el cuidado de niños en la ciudad de Castillo Santa Elia, treinta millas al norte de Roma, fue la principal preocupación del Obispo Doebbing. Como anterior confesor de las Hermanas en Roma, y ahora Obispo de Nepi y Sutri, se dirigió, naturalmente, a las Hermanas para que se encargaran de esa misión. El lugar estaba cerca del Santuario de la Virgen de los Acantilados, en un valle profundo y estrecho que lo hacía ideal para practicar el apostolado combiniándolo con la vida contemplativa.



Castillo Santa Elia, Italia, el convento donde Madre Frances pasó sus últimos años.

Madonna al Rupes (Nuestra Señora de las Rocas) santuario dedicado a nuestra Señora de los Acantilados, Castel S. Elia, Italia

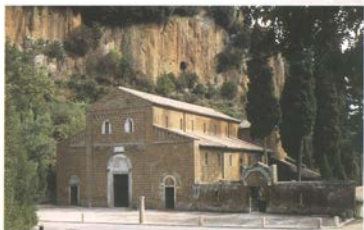
Las primeras Hermanas llegaron a Castillo Santa Elia el 25 de mayo de 1905. La Madre Frances se unió a ellas el 2 de julio. Ella se ocupaba día tras día del cuidado de los más pequeños, los más desamparados y enfermos. Los limpiaba y pedía pan en la cocina para los que no tenían. Irradiaba amor maternal. Enseñaba a los pequeños los rudimentos de la fe: cómo hacer la señal de la cruz, cómo rezar oraciones adaptadas a su edad. Algunas de las niñas mayores recibieron instrucción en francés y alemán. A veces, iba con la Hermana Bernarde, la superiora, a visitar a los enfermos en sus casas.

Durante el caluroso verano italiano, la Madre Frances se ofreció generosamente a sustituir a las otras Hermanas en su labor de cuidar a los niños durante el descanso de la tarde, de tal manera que ellas pudieran también disfrutar de un corto descanso, a pesar de que ella misma lo habría necesitado más que ninguna.

La gente notó pronto que la Madre Frances era diferente a las otras Hermanas, aunque se amoldaba a ellas en todo. Había algo extraordinario en su presencia, su oración, su humildad, su simplicidad y su modestia. La gente quedaba perpleja ante su comportamiento en la parroquia, en la capilla del convento, en la escuela infantil, en el santuario de Nuestra Señora de los Acantilados. Las personas de la ciudad no sabían que era la Fundadora de las Hermanas. Pronto comenzaron a llamarla "la santa". Como en Roma, pasaba cada minuto que tenía libre en la capilla ante el sagrario. Se apoyaba en el amor del Señor Crucificado y la contemplación de los sufrimientos de Cristo afloraba en las acciones de su vida cotidiana.

Algún tiempo después de que la Madre Frances se Hubo residiado en Castillo Santa Elia, recibió una visita inesperada. La Hermana Escolástica, la arrepentida y humilde pródiga, que tras once años de arrepentimiento y servicio doméstico, fue readmitida en la comunidad. Para su gran alivio, la Madre Frances la recibió con gran amor y amabilidad y volvió a Roma con el corazón más aliviado. Habiendo sido readmitida en 1906, y recuperado su antiguo nombre "Hermana Escolástica", vivió como una verdadera religiosa hasta su muerte en 1937.

Basilica
de
Santa Elia,
Castillo
Santa Elia,
Italia.



En agradecimiento a Monseñor Jacquemin por los veinticinco años de servicio a la comunidad desde 1885 a 1910, las Hermanas de la Casa Madre prepararon una pequeña celebración para conmemorar la ocasión. La Madre Frances también fue invitada. Para mostrar su reverencia y gratitud por todas las cosas buenas que él había hecho por la comunidad, aceptó gozosa la invitación. En sus palabras de bienvenida, presentó a la Madre Frances como la fundadora a las Hermanas más jóvenes, que no la habían visto nunca como tal. Fue tan vergonzoso para ella que, humildemente, trató de esconderse tras algunas Hermanas. Una vez escribió a su hermana Hedwig:

“Nuestra vida es alternativamente trabajo y fatiga, alegría y tristeza, pero a través de todo brilla la adorable voluntad de Dios.”

Cuando volvió al Castillo Santa Elia, pidió hacer un retiro privado en diciembre de 1910. Durante este retiro pidió principalmente dos gracias especiales: una muerte larga y dolorosa para entrar en la eternidad completamente purificada, y la participación en la Corona de Espinas de Cristo. Como San Francisco, pidió poder sentir en su propio cuerpo el sufrimiento de su Divino Señor. Madre Frances, en una visión profética franciscana pidió sufrir el dolor de la corona de espinas, y no se le negó. Poco después de su retiro el 2 de febrero de 1911, se desmayó en la capilla. La llevaron a la habitación y desde entonces sufrió enormes dolores de cabeza. Su débil condición le obligó a permanecer en cama durante unos días, pero el 8 de febrero, el aniversario de la muerte de su madre, intentó ir a la Eucaristía



Habitación
en la cual murió
Madre Frances.

en la capilla. Allí se desmayó de nuevo. El diagnóstico del médico fue hemorragia cerebral. De ahí en adelante quedó confinada a la cama. Sus dolores de cabeza aumentaron y sufrió parálisis. Su oración había sido escuchada; estaba realmente sufriendo el dolor de las heridas sagradas de la corona de espinas, tal y como ella había pedido. Esta enfermedad duró treinta y tres días, al cabo de los cuales, murió. El dolor fue tremendo pero nunca se quejó, sino que dio fuerzas a las Hermanas y a los sacerdotes. Rezó mucho. El 27 de febrero por la noche, la Madre Frances recibió la Unción de Enfermos. Pidió recibir la Sagrada Comunión como Viático al día siguiente, porque quería que fuera en ayunas, y así se hizo.



— LA MUERTE DE LA MADRE FRANCES —

Tras recibir los Sacramentos con la mayor devoción, cerró los ojos y permaneció así hasta el 4 de marzo, hablando muy poco a la Hermana que la atendía. Una vez expresó con pocas palabras sus pensamientos durante este tiempo: "Los juicios de Dios son inescrutablemente severos." No había miedo en su tono de voz, pero sabía que sólo un alma pura puede entrar en el cielo.

Los Padres Franciscanos y el sacerdote de la parroquia, le prestaron una asistencia espiritual continua. Ella, que había rezado tanto por los sacerdotes y la Iglesia, tuvo siempre un sacerdote junto a ella, día y noche durante su última semana, además de las Hermanas. Durante su enfermedad, Monseñor Jacquemin vino algunas veces desde Roma. A principios de marzo, trajo a la Madre Frances un documento con la bendición especial del Papa Pío X, de indulgencia plenaria para la hora de su muerte. Ella la recibió con gran alegría. La Madre Johanna, Superiora General, había ido desde Roma a mitad de febrero. El obispo Doebbing la visitó muchas veces pidiéndole que rezara por su diócesis y por la Iglesia, ella prometió hacerlo.

El 4 de marzo, sábado, a primera hora de la tarde, cuando la Madre Frances abrió sus ojos de nuevo, tenía una mirada celestial. A esa hora recibió su última Comunión con gran alegría y devoción. Pidió perdón por todo. Entonces se le preguntó donde quería que la enterraran, en Roma o en Castillo Santa Elia. Ella prefirió el humilde cementerio de Castel Santa Elia. Al día siguiente, domingo 5 de marzo, era el día de la Memoria y la Adoración del Sagrario. En espíritu se unió a las Hermanas para adorar al Señor en la Eucaristía. Cuando estaba atardeciendo, llegó Monseñor Jacquemin para gran alegría de la Madre Frances. Pasó la noche rezando con algunas Hermanas junto a la cama de la Madre moribunda. Desde las 3 a las 6 de la mañana su respiración se hizo muy pesada y ruidosa y la Madre Johanna le pidió que contuviera esos suspiros. Tal y como Jesús hizo, se sometió a la muerte y quedó totalmente tranquila tras tres horas de agonía.

Gracias a la calma que reinaba, se decidió que Monseñor Jacquemin celebrara Misa en la capilla con las Hermanas. Sólo dos de ellas permanecieron en la habitación y el sonido de una pequeña campana indicó la muerte inminente de la Madre. La Eucaristía acababa de empezar cuando la campana convocó a todos en la habitación de la Fundadora moribunda. Las Hermanas se arrodillaron alrededor de su cama, renovando sus votos y rezaron el Stabat Mater. Monseñor Jacquemin le dio de nuevo la absolución general que ella había recibido con plena conciencia y cuando el reloj dio las siete, la Madre Frances de la Cruz entregó su alma pura en las manos del Creador, víctima del más puro amor. Fue el 6 de marzo, la fiesta de Santa Colette a quien la Madre Frances había venerado mucho durante su vida.



— FUNERAL DE LA MADRE FRANCES —

Algunas horas más tarde, los restos de la Madre Frances, fueron expuestos en la sala del instituto masculino. Tan pronto como la gente oyó que había muerto, muchos vinieron a venerarla como "santa". Se tuvieron que colocar los bancos del colegio alrededor del ataúd para evitar que la gente se llevara trozos de ropa u objetos para venerar como reliquias. Cuando se les exhortaba a rezar por la difunta, ellos contestaban, "La Madre Frances es una Santa y no necesita nuestras oraciones; ella debe rezar por nosotros". La expresión de su cara era angelical, tal como dijeron el sacerdote y los parroquianos.



Tumba de la Madre Frances, Capilla de las Hermanas, Castel S. Elia, Italia. 1949-1992



Primera tumba de la Madre Frances, cerca de la Basílica de S. Elia

Último lugar de descanso de la Madre Frances, capilla de las Hermanas, Castillo Santa Elia, Italia.





El alcalde de la ciudad convocó una Misa Funeral Solemne el 8 de marzo. Todos los almacenes de la ciudad permanecieron cerrados y la gente no fue a trabajar los campos. En esta ocasión, el mismísimo Obispo Doebbing, celebró un humilde funeral, enfatizando el hecho de que aquellos que han elegido fundar una congregación religiosa, deben sufrir inevitablemente y ser purificados en el crisol del sufrimiento. Declaró además que la Madre Frances había escalado la altura del Calvario y permanecido con la Madre Dolorosa al lado de la Cruz, para morir completamente a sí misma, de tal manera que fuera hallada digna de servir al Señor. Todos los presentes habían sido testigos de esto.

Hasta la hora del funeral, la gente de la ciudad no sabía que ella era la fundadora. Entonces, cuando el obispo les dijo qué grande era tener una fundadora religiosa enterrada en medio de ellos, lo entendieron todo y según pasaban ante el ataúd, se arrodillaban en las calles pidiendo su oración y su bendición. La Misa Funeral y la procesión, en la que más de mil personas participaron, fue de lo más solemne. Con el consentimiento del obispo, el ataúd fue recorriendo las calles principales de la ciudad tal y como se hace con la Custodia en el Corpus Christi. Esto no se había hecho nunca antes y no se ha vuelto a hacer después del de la Madre Frances. Fue una procesión triunfal, y como dijo el Padre C. Muenstermann, O.F.M., "El día del funeral fue como un día de fiesta. Todos estábamos llenos de una gran alegría, incluido yo." En la puerta del cementerio, la señorita Bianca Camilloni, una joven profesora laica de la escuela pública, pronunció un inspirado largo discurso; en los descansos, exclamaba tres veces: "No, La Madre Frances no ha muerto!" y añadía: "En este momento, desde lo alto, escucha la voz de todos los que te amaron y bendijeron, de los que nos hemos reunido aquí, tanto los que viven en suntuosos palacios, como los de las más bajas cabañas y los campos, para darte el último adiós entre lágrimas y oraciones, para acompañarte a tu último lugar de descanso.

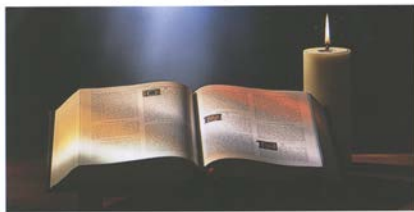
Adiós Madre Frances, ahora estarás feliz contemplando muy de cerca la infinita belleza de Dios grande y misericordioso. Oh, reza ante su trono por todos nosotros ..." El alcalde de la ciudad habló en el cementerio y más tarde dejará este testimonio: "Y yo, como alcalde, tuve el honor de poder dirigirme a ella en el cementerio, recordando a la gente particularmente dos de sus virtudes que me han impresionado: la piedad y la humildad."


La Visión Franciscana

La visión franciscana de la Madre Frances del apostolado activo combinado con la vida contemplativa, la ayudó a guiar a su congregación desde sus humildes comienzos en Roma, a un sistema de misiones que se expandió por el mundo. Su ejemplo piadoso de caridad, obediencia y pobreza, y su valor incansable, animó a sus seguidores a superar incluso las tareas más difíciles. Después de su muerte, la congregación continuó creciendo, fortaleciendo sus misiones en Norteamérica y Europa, y añadiendo otras nuevas en Brasil y el Caribe. Las Hermanas tratan de continuar con la visión franciscana, a medida que expanden una reconfortante acción de salud física y espiritual por todo el mundo.

— LA CAUSA DE SU BEATIFICACIÓN —

Tras la muerte de la Madre Frances, la fama de su santidad se extendió y se atribuyeron muchos favores a su intercesión. Animadas por estos signos de su poderosa intercesión, la comunidad decidió que se presentara en Roma la causa de su beatificación. La aprobación para iniciar el Proceso Diocesano, se recibió el 12 de noviembre de 1963, y diez años más tarde, el Proceso Apostólico, comenzó con el decreto del 13 de junio de 1973, firmado por el Papa Pío XII. Durante los pontificados del Papa Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II, la causa ha progresado, despacio pero satisfactoriamente.





Esperamos en oración el día

en que rezaremos con amor filial
y confianza:

“¡Beata Frances Streitell, ruega por nosotros!”

“¡Ojalá el legado que ella dejó

se inflame con ardientes dardos de amor,

y la Visión Franciscana esté para siempre
grabada en nuestros corazones!”

Suore della SS.ma Madre Addolorata
Via Paolo III, 9
00165 Roma
Italy

Tel: (39) 06 393 76 025
Fax: (39) 06 63 85 878